Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Facultad de Filosofía y Letras

Licenciatura en Filosofía

El concepto del mal como problema hermenéutico ante la visión filosófica de Paul Ricoeur

Tesis que para obtener el Título de

Licenciado en Filosofía

Presenta:

Uriel Periañez López

Director de Tesis:

Mtro. Alberto Isaac Herrera Martínez

Primavera 2022

El concepto del mal como problema hermenéutico

ante la visión filosófica de Paul Ricoeur

Dedicado a M. Concepción Roano López.

Detrás del rigor en cada línea yace el fruto que erigiste con tu confianza, consejo y cariño.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar a mis padres, los maestros M. Arcelia López Roano y Fidel Periañez Aguilar, quienes me han brindado su valioso apoyo, grandes lecciones e incalculable cariño a lo largo de mi vida.

Durante el desarrollo de mi vida profesional conté con el apoyo incondicional de grandes amigos con quienes compartí memorables experiencias, agradezco la dicha de contar con su reconocimiento y aprecio.

A Ignacio Hernández Parra, amigo invaluable a quien le debo gratitud por su guía y acompañamiento durante mi desarrollo profesional.

A Jazmín García Moreno, compañera y amiga desde los albores de mi vida formativa. Tras 13 años sostengo fuerte tu mano.

A mi asesor de tesis, Mtro. Alberto Isaac Herrera Martínez, por haberme guiado, no solo en la elaboración de este proyecto de investigación, sino por haberme brindado su escucha y su consejo bajo el semblante de amistad.

Al profesor Sergio Castro Gómez, mi reconocimiento por su entrega y su esfuerzo en el magisterio y mi gratitud por hacerme parte de ello.

Mención especial a la memoria del Dr. Ricardo Peter Silva. Por el vasto conocimiento que ofreció a toda una generación a lo largo de su trayectoria académica, por su amistad y la dicha de haber colaborado a su lado.

Mi gratitud a la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y a la Facultad de Filosofía y Letras por haberme brindado múltiples oportunidades de enriquecimiento académico, profesional y permitirme llevar la insignia de pertenecer a una prestigiosa casa de estudios.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 1

CAPÍTULO PRIMERO 10

¿Qué es el mal? Aproximaciones etimológicas al concepto del mal en occidente desde la perspectiva hermenéutica de Paul Ricoeur 10

1.1. El desafío interpretativo 10

1.2. El papel del mito dentro de la interpretación del problema del mal 13

1.3. El papel del símbolo dentro de la interpretación del problema del mal 21

1.4. El problema del lenguaje dentro de la interpretación del problema del mal: ¿expresar el mal? 28

CAPÍTULO SEGUNDO 40

Desde la interpretación al campo de acción. La experiencia vivida del mal a través del dolor 40

2.1. Integración entre Filosofía y Teología. Un diálogo hacia la afinidad del mal y el dolor 40

2.2. El dolor: la experiencia vivida del mal 46

2.3. Reflexiones sobre el dolor en la antigüedad 50

2.4. Reflexiones sobre el dolor en la modernidad 51

CAPÍTULO TERCERO 59

¿Qué nos queda ante lo inescrutable y lo insoslayable del mal? 59

Una mirada interpretativa 59

CONCLUSIONES 74

BIBLIOGRAFIA 81

INTRODUCCIÓN

El mal ha sido cuestionado desde diferentes perspectivas y disciplinas, que van desde la ética, el derecho, la filosofía y la religión; principalmente las religiones de tradición judeocristiana. A través del devenir histórico se han brindado múltiples aportaciones para tratar de comprender y evitar eso que hemos aprendido a nombrar como mal. El mal, en su estructura gramatical ofrece un pronombre que representa a un sustantivo abstracto y complejo. La complejidad de esta estructura aparece en el momento que intentamos justificar su posición en el mundo, lo que inevitablemente nos lleva a la cuestión: ¿Por qué existe esto?

La filosofía y la ciencia poseen la afinidad de preguntar por el origen de todas las cosas, la ciencia encuentra sus dificultades particulares al tratar de responder por el origen del universo, la filosofía en cambio, las suyas al tratar de responder por todo aquello que esté sujeto al pensamiento y sea sometido a reflexión. La presente investigación posee la intención de exponer un problema inaprensible que atenta con el orden racional del ser humano, una cuestión fundamental para la ética contemporánea, para la teología y para el ser humano. El filósofo francés Gabriel Marcel (1889-1973) señaló que: “un misterio colocado ante la reflexión tiende inevitablemente a degradarse en problema. Esto es particularmente manifiesto con respecto al problema del mal”.[1] Entonces ¿qué dificultades representa la pregunta por el mal?

[1] Gabriel Marcel, *Aproximaciones al misterio del ser*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1987, p. 38-39.

Es preciso dimensionar la magnitud del problema a través de la siguiente comparación: la materia oscura es un problema para la ciencia moderna porque rompe con muchos principios de la física clásica y con leyes que conforman nuestra comprensión acerca del funcionamiento del universo; para la filosofía, el mal es un problema porque rompe con el principio de no contradicción de la lógica clásica y escapa de toda justificación racional.[2] Este breve ejemplo nos permite dimensionar el impacto que posee la pregunta por el mal, pues es una cuestión tan vigente y de vital importancia como cualquier promulgación de orden científico.

Para intentar comprender un problema inaprensible es necesario recurrir a una disciplina ordenada que se ocupe del comprender mismo a través del estudio interpretativo. La fórmula aquí propuesta para aproximarnos a un estudio preciso sobre el problema del mal es la disciplina hermenéutica, debido a que el problema del mal corre el riesgo de ser desacreditado y banalizado por el relativismo y el determinismo. La apuesta por llevar a cabo una tarea hermenéutica de la mano de Paul Ricoeur (1913-2005) es su relación con la hermenéutica mítica, así el mito nos permite establecer un principio a partir del acontecimiento mítico más primigenio del occidente cristiano: el pecado original.[3]

Nuestro estudio reconoce que al integrar elementos propios de la teología debemos asumir un carácter riguroso para seleccionar ciertas aportaciones que posean afinidad con el desarrollo de nuestro autor, Ricoeur, por ello decidimos integrar el trabajo del teólogo Adolphe Gesché (1928-2003), personaje destacado por su estudio veterotestamentario con gran énfasis en el problema del mal.

[2] El mal es y no es, relación con el ser.
[3] Gen. 3: 1-7

Finalmente la elección de hacer un análisis sobre el problema del mal desde la filosofía obedece a una cuestión de método. Nuestra investigación no pretende confrontar, sino integrar. Integrar filosofía y teología permite construir un esbozo del problema del mal en donde el análisis adquiere mayor amplitud y la síntesis mayor claridad.

Por otra parte, nuestra inclinación hacía la hermenéutica surge a partir del conflicto entre múltiples tradiciones que han asumido o rechazado el tema del mal como un problema, por lo tanto es necesario escapar de la dicotomía y asumir una postura interpretativa que trascienda la exégesis. A propósito de la tarea hermenéutica el filósofo Jean Grondin (Canadá, 1955) expresa que:

> La tarea hermenéutica elevada a la filosofía no es la teoría de la interpretación sino la interpretación misma, y concretamente en función de una trasparencia para sí misma de la existencia que ésta misma debe conquistar, donde el trabajo filosófico de clarificación sólo lleva a término la interpretación que la existencia enredadora siempre está realizando.[4]

Del mismo modo, "es hermenéutica aquella proposición que exhorta a la ejecución de una reflexión o interpretación propia y, por tanto, a su aplicación a sí misma. Esta ejecución implica atravesar la fachada del concepto general para recuperar las experiencias específicas que se le anuncian."[5] Lo anterior es una invitación a replantear hermenéuticamente aquello que la tradición mítica de occidente, particularmente el judeocristianismo, ha mencionado sobre el mal, pues resulta insuficiente asumir lo que dicha tradición edificó para intentar conceptualizar un problema que permanece vigente. El mal en el mundo trasciende los límites de

[4] Grondin Jean, *Introducción a la hermenéutica filosófica*, Herder, 2002, p.146.
[5] Ibídem, p 148-149.

la comprensión humana cuando interviene arbitrariamente degenerando la bondad, la belleza y la virtud, pero antes de afrontarlo como un problema metafísico debemos asumirlo como una posibilidad negativa que trastoca la voluntad humana. Sólo a través de la vivencia de la experiencia del mal es en donde podemos identificar con mayor amplitud este problema, de ahí nuestra propuesta de relacionar la experiencia del mal con la experiencia del dolor, dicha propuesta encontrará sustento desde la antigüedad con Cicerón. (106 a. C.- 43 a. C.)

La presente investigación se ciñe bajo una delimitada búsqueda conceptual dentro de las esferas histórico-culturales que vieron al mal como un fenómeno independiente, un fenómeno no perteneciente a la ausencia del bien. Guiados por la propuesta de Paul Ricoeur es posible identificar un punto de partida en el rastreo etimológico del problema del mal, dicho punto de partida se encuentra dentro de la tradición mítica de origen judeocristiano, sin embargo ésta tradición en algún punto de su historia asume a la concupiscencia, a la genitalidad y al sexo como las esencias del mal en el mundo, pero el mundo contemporáneo ha transgredido las fronteras de lo inaceptable, incluso después de haber instaurado la idea de secularización como una idea de progreso. Por lo tanto, es necesario romper esta estructura para introducir una propuesta que tenga un mayor alcance, una mayor cobertura sobre lo que el mal representa para nuestra contemporaneidad.

Lo anterior abre paso a nuestra hipótesis sobre la posibilidad de que la radicalidad del mal manifieste una estrecha relación con el dolor en tanto irrupción para el devenir humano, de este modo el dolor sería una forma de enunciar el mal absoluto. Entonces ¿Dolor implica mal? ¿El mal implica dolor? No necesariamente, pues el problema del mal no siempre es llevado al acto, es potencia perpetua y para

aproximarnos al estudio de su manifestación encontraremos tres momentos fundamentales expuestos por Paul Ricoeur: una imputación, una acusación y una reprobación. El mal es, existe, independientemente del dolor, porque en tanto que a nadie le duela, no significa que desaparezca. El dolor es una vía de manifestación, al igual que la aleatoriedad con la que opera. Recordemos que los estoicos consideraban a la deshonra como la manifestación concreta del mal; la mancha, lo sucio, la mancilla son la formas simbólica primigenias de nombrar al mal. Dichas formas son algunos de los símbolos recuperados para cimentar las bases de una hermenéutica que permita aproximarnos al estudio del problema del mal.

El mal aparece como un desorden que se puede contemplar y cuyas causas, o razón de ser, o finalidad secreta, trato de discernir. En primera instancia es posible señalar el mal desde dos perspectivas: dentro y fuera del hombre. Si el mal es un problema interno, como lo sostuvo el filósofo Xabier Zubiri (1898-1983) entonces el mal no sería necesariamente un principio sustancial, mucho menos tendría interacción con las cosas. Bajo su pensamiento, el mal, más que una realidad sería un sentido. A propósito de ésta reflexión, el catedrático Andrés Navarro Zamora expone en su estudio sobre el problema del mal, de la mano de Zubiri, que:

> El bien y el mal, en el mundo que nos es dado, son constitutivamente respectivos al hombre, porque sólo hay condición respecto del hombre. En el animal esto no es posible, no hay respectividad de cosas sentido, no hay nada que sea bueno o malo; hay estímulos que le molestan o dañan, pero formalmente no hay estímulos buenos o malos.[6]

[6] Navarro Zamora Andrés, El problema del mal. Un desafío para la persona humana, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, 2011, p.130

Continuando con esta perspectiva, el mal dentro del hombre no deja de ser un enigma, bajo la tutela kantiana podemos acentuar que el mal compete a la esfera de la libertad y elegir no hacerlo sería la manera más práctica y evidente para contrarrestar el problema. Sin embargo Garbriel Marcel apuesta por un problema más grande: "¿O es que éste carácter defectuoso aparente deriva de un carácter defectuoso y real de mi visión? En este segundo caso, sería en mí donde residiría el desorden verdadero, pero este desorden seguiría siendo objetivo respecto a mi pensamiento que lo discierne o lo comprueba."[7]

La reflexión acerca del mal en el mundo es una de las herencias más importantes que el pensamiento judeocristiano ha expuesto. Bajo esta premisa el mal intenta acabar con lo noble, con lo inocente porque lo invade y lo empobrece. Esto implica que el mundo se encuentra indefenso ante una posible realidad metafísica del mal, ese mal que no proviene necesariamente de la acción humana, sino que preexiste y posibilita el actuar. Una especie de patógeno que se ha implantado en la humanidad y actúa en consecuencia de manera estructural llegando a considerarse natural a la sociedad, a la cultura y a la vida misma.

Nuestro recorrido etimológico no posee la finalidad de determinar la brecha entre lo bueno y lo malo sino aproximarnos hacia una exposición del mal que permita evidenciar el problema que representa, de ser un sin sentido de la realidad que posee autonomía en relación con el bien. ¿Cómo me doy cuenta de que el mal existe con toda su contundencia en el mundo? Basta echar un vistazo al dolor y la

[7] Marcel, Gabriel, Op.cit, p 38-39.

violencia que azotan al mundo. En el mal siempre hay víctimas, siempre hay dolor. En los textos bíblicos, en todo momento en donde aparece el dolor aparece el mal.

Por otra parte, los desastres naturales pueden ser cobijados como un acontecimiento exento del mal en la medida que las cosas reales son indiferentes al bien y al mal, pero un desastre humano, no un accidente, sino una intención, es en donde Paul Ricoeur desempeña un estudio minucioso acerca de la *labilidad* del hombre. Si el mal es un acto de volición humana como afirma Zubiri ¿Quién y por qué decidió implementar el mal en el mundo a través de su voluntad? ¿Quién fue el primer hombre malo?

Para Baruch Spinoza (1632-1677) el mal es una idea abstracta, en cuanto que considera al mal como algo externo que no le conviene a la esencia del hombre, como un envenenamiento.[8] El mal es el "instante en que el hombre pasa del auténtico ser al no ser, de la verdad a la mentira, de la luz a la tiniebla a fin de convertirse él mismo en fundamento creador y gobernar sobre todas las cosas gracias al poder del centro que tiene dentro de sí." [9]

Mientras que para el filósofo Gottfried Leibniz (1646-1716) el mal puede ser la limitación de unas cosas respecto de otras, apostando por un límite impuesto por este mal que le impide a las cosas ser buenas o mejores respecto a su creador. Zubiri afirma que esto no tiene un impacto en el ejercicio de comprender el mal, debido a que las cosas reales son indiferentes al bien y al mal. Sin embargo, una conciencia intencionada no puede ser indiferente, porque allí en donde se inflige dolor, se sabe que se expresa el mal. Entonces ¿Quién representa la conciencia

[8] Navarro Zamora Andrés, Op. cit, p.117.
[9] Ídem.

intencional del mal? ¿Será aquel que posea la conciencia intencional de infligir dolor?

En la experiencia del mal y el dolor existe la afinidad de una inadecuación resultante de una palabra que lo colme definitivamente. Nos enfrentamos ante la desmesura de un dolor que jamás podrá precisarse si ha colmado el límite de lo sufrible. Incluso cuando el dolor propio de la vida comunicara el mundo, podemos asumir que ese dolor es el que comunica el mal. ¿Cómo esta concepción filosófica, histórica, social, puede aterrizar el mal en el mundo actual?

Susan Neiman (1955, E.U.A) a través de su obra: *El mal en el pensamiento moderno*, expondrá diversos acontecimientos que aluden a la irracionalidad, a la barbarie, a lo terrible, desde el terremoto de Lisboa hasta Auschwitz. Sin embargo, el problema del mal no es tan ajeno a la cotidianidad, ni mucho menos distante. En México podemos exponer cifras estratosféricas de irracionalidad, de barbarie y de terribles acontecimientos que han caído en lo cotidiano. El tema de las desapariciones y el abuso infantil son apenas dos aristas de una figura que posee cientos de ángulos de violencia y guardan en común la angustia y el dolor inconmensurable que describen al mal. Tomar como referencia dos acotamientos latentes tales como el abuso infantil y las desapariciones para comprender el mal en el mundo, no es una cuestión de aleatoriedad, es una cuestión de contemporaneidad. Aludir a las cifras sería una manera de disolver el problema, pero el quehacer filosófico aquí propuesto no busca exponer el problema, del mal mediante la cuantificación sino a través de su inserción en la condición lábil del ser humano. Dicho esto, ¿por qué es sencillo trasgredir al otro? Porque el mal existe y ante un problema inescrutable como lo es el mal, debemos reconocer que si el

esfuerzo de la filosofía conlleva ponernos en un camino reflexivo de pensar el mal, el mal ha ganado. De este modo debemos asumir que antes de ser un problema teórico lo es fundamentalmente práctico, ética y políticamente. No se puede juzgar a través de la consecuencia y que sea sólo a través de ésta la que me lleve a darme cuenta que el mal existe. El mal y el dolor no han encontrado su límite porque estamos en un constante vaivén de lo terrible, por lo que ya no es suficiente acudir a las referencias de Auschwitz para dimensionar e intentar soslayar el mal en el mundo.

Por otra parte, bajo la premisa de que la pregunta por el mal es insuperable y carece de justificación, la presente investigación no pretende ofrecer un catálogo de las múltiples manifestaciones del mal e incitar a cometerlo con la idea de que nunca será suficiente, tampoco pretende enunciar la fórmula para resolver el mal, sino evidenciar que el hombre tiene la posibilidad de oponerse al mal.

El desarrollo de la presente investigación no busca trabajar en función de un moralismo convencional sino de una hermenéutica ética y ontológica, que dividirá nuestra investigación en tres momentos: En primera instancia abrimos una brecha de estudio localizando una propuesta etimológica del mal, un punto de partida que se aloja en la tradición mítica del judeocristianismo; posteriormente desarrollaremos nuestra hipótesis que busca exponer la afinidad que existe entre las descripciones del mal y el dolor. Finalmente asumiremos una serie de reflexiones acerca de la posición que ocupa el ser humano dentro del mundo contemporáneo permeado de la posibilidad del mal y de la posibilidad de oponerse al mal.

CAPÍTULO PRIMERO

¿Qué es el mal? Aproximaciones etimológicas al concepto del mal en occidente desde la perspectiva hermenéutica de Paul Ricoeur

1.1. El desafío interpretativo

El ser humano, autor de toda clase de símbolos complejos, de ideas y de lenguajes, que ha elaborado abstracciones matemáticas, mitos y utopías, que ha resuelto enigmas y venerado deidades, que ha construido creencias sobre la inmortalidad; también se ha abrumado a sí mismo con elementos complejos como el problema del mal. Responder a la pregunta impetuosa ¿qué es mal? implica recorrer no sólo un camino amplio y subjetivo, sino también (la posibilidad de) encontrar un escenario inaccesible. La pregunta por el mal exige un ejercicio reflexivo sobre una gama muy amplia de objeciones multiculturales, religiosas y seculares a través del devenir histórico. Sin embargo, brindar una respuesta de carácter enciclopédico que documente lo que el ser humano ha dicho acerca del mal, hoy en día es una tarea obsoleta que cualquier motor de búsqueda puede ejecutar. Lo anterior nos invita a replantear la pregunta, de modo que permita cruzar la frontera de la moralidad, la religiosidad y poner el alto el desempeño filosófico. La pregunta: ¿qué es el mal? tomará el curso hacia la pregunta: ¿qué puede decirnos la filosofía sobre la cuestión del mal?

A través de la mirada del filósofo francés Paul Ricoeur, la pregunta central de éste capítulo nos guiará hacia una búsqueda hermenéutica sobre el problema del

mal para occidente, pero para emprender esta tarea no solo el estudio simbólico, teológico y antropológico nos abre camino en el desarrollo. El ejercicio hermenéutico filosófico de preguntar acerca del mal sugiere replantear el modo con el cual ha sido abordado, para poder separar su concepción de una interpretación que pertenece a la ausencia de la idea del bien. Lo anterior nos exige proporcionar elementos circunstanciales en los cuales se haga evidente éste problema y le otorgue vigencia dentro del quehacer filosófico.

El devenir histórico nos ha mostrado el desafío que implica lograr conceptualizar el mal debido a lo inaccesible que puede ser la compresión de éste problema, dicha incomprensión surge a través de los múltiples acontecimientos que han perturbado nuestro puesto en el mundo, desde los desastres naturales hasta los exterminios raciales, pero sobre todo allí en donde toda lógica, toda racionalidad se extravía y aparece un incómodo sin sentido, una potencia que arrebata el orden, lo bello, lo justo, e interrumpe la implicación lógica de que “lo que es” coincida con lo que debería ser.

Por otra parte, la contemporaneidad nos revela que las bases conceptuales con las cuales se ha abordado el fenómeno del mal sólo nos ofrece una comprensión escueta de la totalidad del problema. La filosofía nos invita a cuestionar incluso si es posible poseer un conocimiento real del mal. El primer acercamiento propuesto en ésta investigación consiste en implementar un modelo hermenéutico necesario para el estudio del mal, debido al rastro de relativismo que puede presentar si se ciñe únicamente bajo la perspectiva moral, por ello necesitamos comenzar con la descripción de las narraciones donde el hombre tuvo que enfrentar *eso distinto* y aprendió a nombrarlo como la existencia del mal. De

acuerdo con Paul Ricoeur, el papel del mito es esencial en esta descripción para rastrear la estructura primigenia del problemático concepto del mal.

A partir del pensamiento de Paul Ricoeur surge una propuesta multidisciplinar que otorga a nuestro ejercicio filosófico mayor amplitud para cuestionar desde diferentes perspectivas el problema del mal, lo anterior es acompañado por una hermenéutica encausada a superar los límites de la exégesis con el objetivo de aportar comprensión e indagación de sentido a un lenguaje indirecto y simbólico, un lenguaje propio de las narraciones míticas de la creación.

Aludiendo al pensamiento de Ricoeur, en donde sugiere que: "toda interpretación se propone superar un alejamiento, una distancia, entre la época cultural pasada, a la cual pertenece el texto, y el intérprete mismo,"[10] la hermenéutica moderna persigue un horizonte más amplio, por lo tanto, la apuesta hermenéutica de Ricoeur sugiere brindar otra perspectiva, una mirada que aporte a las dos facultades del conocer expuestas por Kant: la sensibilidad y el entendimiento, para llevar a cabo un estudio interpretativo del mal.

De acuerdo con Ricoeur "La hermenéutica moderna persigue el objetivo de reavivar la filosofía al ponerla en contacto con los símbolos fundamentales de la conciencia."[11] A partir de su obra *Finitud y Culpabilidad* (1949), nuestra propuesta en éste apartado consiste en establecer una vinculación entre el problema del mal y tres categorías indispensables para su interpretación: el mito, el símbolo y el

[10] Ricoeur, Paul, *Conflicto de las interpretaciones*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 21.
[11] Ricoeur, Paul, *Finitud y Culpabilidad*, Madrid: Trotta, 2011, p. 484.

lenguaje; ejes centrales con los que podremos visualizar la introducción a una exposición hermenéutica más precisa del problema del mal.

1.2. El papel del mito dentro de la interpretación del problema del mal

¿Cuál es la relación entre el mal y el mito? Ricoeur sugiere en un primer momento un acercamiento a la compresión del mito: "Comprender el mito como mito, significa comprender lo que, con su tiempo, su espacio, sus acontecimientos, sus personajes, su drama, añade el mito a la función reveladora de los símbolos primarios elaborados anteriormente."[12] Posteriormente observaremos que el mito incorpora la experiencia fragmentada del mal en las grandes narraciones de origen de carácter cósmico, en donde la antropogénesis llega a ser una parte de la cosmogénesis, como en el mito de la caída. Mircea Eliade (1907-1986) aporta una concepción interesante acerca del mito en su obra *Lo sagrado y lo profano* (1957), recurro a un fragmento de la misma:

> El mito proclama la aparición de una nueva «situación» cósmica o de un acontecimiento primordial. Consiste siempre en el relato de una «creación»: se cuenta cómo se efectuó algo, cómo comenzó a ser. He aquí la razón que hace al mito solidario de la ontología; no habla sino de realidades, de lo que sucedió realmente, de lo que se ha manifestado plenamente.[13]

El estudio del concepto del mal expuesto a través de la obra de Paul Ricoeur se caracteriza por su arraigo a determinada tradición mítica en la que decidió desarrollar sus principales aportaciones filosóficas. No se centró en la construcción

[12] Ibídem, p. 312.
[13] Eliade Mircea, *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Punto Omega, 4ta ed. 1981, p. 59.

mítica del Orfismo, del Islam o de alguna tradición oriental: su filosofía, en cambio, profundiza en los escenarios histórico-míticos de naturaleza judeocristiana. Al comienzo de su obra *Finitud y Culpabilidad (1949)* Ricoeur establece una pauta en la que se atisba un breve fragmento de su modelo de pensamiento al mencionar la relación entre la voluntad y el papel que desempeña el mito. Dentro de la esfera del mal, a Ricoeur le preocupa el paso que hay de la inocencia a la culpa, debido a que no posee una descripción concreta salvo en la mítica. Ante esto Ricoeur cuestiona: "¿Por qué, en efecto, sólo podemos hablar de las pasiones que afectan a la voluntad mediante el lenguaje cifrado de la mítica?"[14] Dicha mítica a la que alude Ricoeur será encabezada por la tradición judeocristiana, tradición que se ha catalogado por un mayor número de preguntas que respuestas, pero que posee la cualidad de problematizar su legado al otorgar al tema del mal un papel tan importante como el haber frustrado la propia creación. Nuestro primer acercamiento reflexivo ante el problema del mal surge con la pregunta de Ricoeur: "¿cuál es, nos preguntábamos, el lugar humano del mal, su punto de inserción en la realidad humana?"[15]

El mal *se dice* -en el sentido de hacerse manifiesto- en la realidad humana a través de distintos símbolos incluidos en mitos agrupados en dos grandes bloques: aquellos que remiten el origen del mal mundano, a la voluntad humana, representados por *el mito de Adán* en el Paraíso que acusa al hombre de su culpa, de ser el responsable de la irrupción del mal en el mundo; y por otra parte, aquellos que localizan el origen del mal en una situación conflictiva anterior al hombre, como

[14] Ricoeur, Paul, Op.cit. *Finitud y Culpabilidad*, p.10.
[15] Ibídem, p.11.

sucede en el mito trágico de la existencia, con el alma exiliada ante el drama de la creación.

En el contexto de la filosofía ricoeuriana:

> Por mito, se entenderá eso que la historia de las religiones distingue hoy en él: no una falsa explicación por medio de imágenes y de fábulas, sino un relato tradicional referido a acontecimientos ocurridos en el origen de los tiempos y destinando a fundamentar la acción ritual de los hombres de hoy y, de modo general, a instaurar todas las formas de acción y de pensamiento mediante las cuales el hombre se comprende a sí mismo dentro de su mundo.[16]

Por ejemplo, en la tradición judeocristiana el Génesis asumió la vida en el paraíso, donde Adán y Eva no poseían conciencia de muchos elementos naturales, entre ellos el tiempo. No se veían a sí mismos desde el punto de vista sexual, a pesar de recibir el mandato de llenar la tierra, no conocían la muerte.[17] Estaban despojados de todo sentimiento de vergüenza, dolor o sufrimiento. Es el primer acto de su desobediencia el que deslinda al ser humano de un cúmulo de privilegios prenaturales, como la ausencia de sufrimiento, y sobrenaturales, como el contacto con Dios, para adentrarse en un escenario donde el ser humano se vuelve consciente de su fragilidad.

Una de las principales funciones presentes en el mito es la posibilidad de localizar dentro de su estructura la narrativa que permite construir modelos de arquetipos y metáforas, que guardan relación con el ideal del ser humano.

Señala nuestro autor que

> La primera función de los mitos del mal consiste en englobar a la humanidad en su conjunto de historia ejemplar. Por medio de un tiempo que representa

[16] Ibídem, p. 171.
[17] Cf. Derrida. *Salvo el Nombre*, Buenos Aires, Amorrotu, 2011, p.29.

> todos los tiempos, el hombre se manifiesta como un universal concreto; Adán significa el hombre. En Adán, dice Pablo, hemos pecado todos. De ésta forma, la experiencia escapa a su singularidad; se transmuta en su propio arquetipo; a través de la figura del héroe, del antepasado, del titán, del hombre originario, del semi-dios, lo vivido se encarrila hacia las estructuras existenciales: ya se puede decir hombre, existencia, ser humano puesto que, en el mito, se recapitula, se totaliza al hombre ejemplar.[18]

Continuando el diálogo con Ricoeur:

> Es preciso, en efecto, dar cuenta de dos rasgos fundamentales del mito: que el mito *es habla* y que en él el símbolo adopta la forma del *relato*. Así, en la tradición filosófica vemos que Platón intercala mitos en su filosofía, los adopta en tanto que mitos en estado bruto, si puede decirse, sin tratar de disfrazarlos como explicación, están ahí en el discurso lleno de enigmas, están ahí en tanto que mitos, sin posibilidad de confundirse con el saber.[19]

La propuesta de Ricoeur sugiere interpretar cuatro momentos relevantes dentro de la tradición judeocristiana para comprender el contenido de sus mitos relativos al origen y fin del mal. En un primer momento se atiende el escenario cargado de entropía, este es denominado el drama de la creación. En este mito el origen del mal es coextensivo al origen de las cosas, es el caos contra el cual lucha el acto creador de Dios. Sin embargo la contradicción de ésta propuesta de mito surge al preguntarnos acerca de la *salvación* necesaria ante la existencia del mal, es decir, no podemos enunciar una creación perfecta si estamos esperanzados por una salvación. Con lo anterior es posible establecer un paralelismo entre el mal y el caos, por otra parte entre salvación y creación.

Por otra parte, la tradición judeocristiana nos muestra un valioso ejemplo de representación mítica por medio de *la caída*, acontecimiento mítico que obliga a

[18] Ricoeur, Paul, Op. Cit. *Finitud y Culpabilidad*, p. 312.
[19] Ibídem, p. 314.

cuestionar el momento en el cual se inserta eso que impulsa al desequilibrio dentro de la propia creación. De acuerdo con Ricoeur:

> Los dramas de creación excluyen la idea de una caída del hombre; el esbozo de una doctrina de la caída –si la hay- dentro de los dramas de creación es mantenida a raya por el conjunto de la interpretación y anuncia el paso a otro tipo; inversamente la idea de una caída del hombre sólo adquiere toda su amplitud en una cosmología de la que se ha eliminado todo drama de creación.[20]

La separación entre la problemática del mal y la problemática de la creación prosigue, todo el tiempo, a partir de la idea de una caída dada en una creación perfecta. Lo anterior nos impulsa a desarrollar la pregunta: ¿En qué momento se rompió la perfección dentro de la creación, hecho que motivó el desencadenamiento de la caída? Para poder visualizar un orden dentro de la esfera del mito judeocristiano que narre el origen del mal o hablamos del drama de una creación ya constituida, cerrada y por lo tanto perfecta, o introducimos la caída del hombre que surge como un acontecimiento desconocido dentro de una creación perfectamente acabada.

En el tercer modelo mítico propuesto por Ricoeur, nuestro autor plantea la denominación de mito “trágico”, pero más allá de la visión trágica de los relatos del hombre, Ricoeur busca una teología implícita, la teología trágica del Dios que tienta, ciega, extravía. Dice Ricoeur:

> La culpa parece muy indiscernible de la existencia misma del héroe trágico; éste no comete la falta, es culpable. ¿En qué puede consistir, entonces, la salvación? No ya en la remisión de los pecados; ya no cabe el perdón ante una culpa inevitable. Sin embargo, hay salvación trágica consiste en una especie de liberación estética, interiorizada en la profundidad de la existencia y convertida en piedad para consigo

[20] Íbidem, p.321.

> mismo; semejante salvación hace que la libertad coincida con la necesidad comprendida.[21]

Podemos apreciar en éste punto la idea de un Dios o de una potencia que ciega y extravía. Así, el héroe, su figura al interior de la tragedia, es ajeno a la responsabilidad del mal y al peso de la falta, pero se trata al mismo tiempo de un mal sin perdón ni remisión.

Finalmente, en el mito del alma exiliada encontramos al alma que trae consigo el mal de ese otro orden divino, y encontramos también el cuerpo, que es el lugar de la expiación de su culpa originaria, pero también es el lugar de la tentación y de la contaminación. De acuerdo con Ricoeur:

> Cuenta cómo el alma, de origen divino, se tornó humana; como el cuerpo, ajeno a esa alma y malo en múltiples sentidos, le cae en suerte a esa alma; cómo la mezcla del alma y del cuerpo es el acontecimiento que inaugura la humanidad del hombre y convierte al hombre en el lugar del olvido, en el lugar donde la diferencia originaria entre el alma y el cuerpo queda abolida. Divino en lo que respecta su alma y terrenal en lo que respecta a su cuerpo, el hombre es el olvido de la diferencia; el mito cuenta cómo ocurrió esto. [22]

Los símbolos expresados en estos mitos, falta, mancha, esclavitud, destierro, etc., se ordenan a través de la trama de los mitos.

Al no haber un concepto que pueda unificar todas las manifestaciones del mal, todo aquello que lo representa, queda entre dicho que el mal nace del centro esencial de los actos humanos, o para decirlo más claramente: no es parte esencial de la condición humana. Es posible hacer esta afirmación solo desde la hermenéutica porque el mal es indecible, no alcanza ningún concepto para definirlo.

[21] Íbidem, p. 322.
[22] Íbidem, p. 420.

Al exponer los cuatro modelos de mitos referentes al origen del mal, es necesario evidenciar la compleja aprehensión de un concepto al cuestionar lo siguiente: ¿qué perturbó la realidad humana mostrando la naturaleza del mal? ¿Quién ha trastocado la realidad humana dándonos cuenta que el mal existe? Empero, previo a brindar respuestas es importante revalorar la condición humana en su naturaleza esencial: el hombre es ser limitado, imperfecto, falible y contingente. La cuestión existencial en donde el hombre elige el mal en lugar del bien, es una cuestión mucho más profunda de lo que nos puede ofrecer una introspección ontológica del mal.

La pregunta alusiva a la relación hombre y mal en la obra de Ricoeur es la siguiente: "¿qué se quiere decir cuando se denomina al hombre falible? Esencialmente lo siguiente: que la posibilidad del mal moral está inscrita en la constitución del hombre." [23] A través de la obra de Ricoeur alcanzamos a cuestionar cuales son los rasgos de esa constitución originaria del hombre en donde reside esa posibilidad de fallar, y por otro lado, poder cuestionar acerca de la naturaleza de esa posibilidad misma. Encontramos que la idea de limitación propuesta por Leibniz, ligada al mal moral, no es suficiente para responder los problemas que pueden plantearse cuando se aborda la problemática del mal. La idea de limitación es insuficiente para aproximarse a responder acerca del mal moral debido a que simplemente la limitación no es una posibilidad de fallar. En un primer sentido se dirá que la limitación específica del hombre torna el mal únicamente posible con la

[23] Ibídem, p.151.

palabra falibilidad; se designa entonces la ocasión, el punto de menor resistencia por donde el mal puede penetrar en el hombre.

Existe una distancia entre la posibilidad y una realidad, es decir, Ricoeur sugiere ir más allá de los esfuerzos que la ética ha proporcionado para establecer esa dicotomía marcada entre lo bueno y lo malo. La falibilidad me acerca a la posibilidad del mal mientras que la ética me brinda la oposición real del bien y del mal. En diálogo con Ricoeur vemos que:

> La ética tomada en el sentido más amplio de la palabra, que abarca todo el campo de la normatividad, da siempre por supuesto un hombre que ya malogró la síntesis de objeto, la de la humanidad en él mismo y su propia síntesis de finitud e infinitud; por eso la ética se propone "educarle" por medio de una metodología científica, de una pedagogía moral, de una cultura de gusto; "educarle".[24]

Es imprescindible atisbar que la posibilidad del mal y la realidad del mal son externas la una de la otra. "La falibilidad no es más que la posibilidad del mal: designa la región y la estructura de la realidad que, debido a su menor resistencia ofrece un lugar para el mal." [25] Ricoeur señala: "No puedo pensar el mal como mal más que a partir de aquello de donde degenera. El *a través de* y el *a partir de* son, por consiguiente, recíprocos; y ese *a partir de* es el que permite decir que la falibilidad es la condición del mal, aunque el mal sea el indicador de la falibilidad."[26]

Un paréntesis importante que remarca Ricoeur es puntualizar que la inocencia sería la falibilidad sin culpa, y dicha falibilidad no sería sino fragilidad, debilidad, pero en absoluto degradación. "El concepto de falibilidad encierra la

[24] Ibídem, p. 160.
[25] Ibídem, p. 161.
[26] Ibídem, p. 162.

posibilidad del mal en un sentido intrínseco a las imperfecciones del hombre, es decir, la desproporción del hombre, es poder de fallar, en el sentido de que ésta hace que el hombre sea capaz de fallar."[27]

Finalmente decir que el hombre es falible es decir que la limitación propia de un ser que no coincide consigo mismo es la debilidad originaria de donde procede el mal. Sin embargo, el mal no procede de esa debilidad sino porque se pone, está ahí, como algo dado, como una potencia que espera ser encausada al acto. Hoy el mal se nos muestra con el predominio de la injusticia, del desamor y de la incapacidad de perdonar y trae de vuelta el acontecimiento mítico más primigenio del occidente cristiano: la afirmación originaria, el pecado original. Así, el mito hace comunicable lo insoportable al hombre.

1.3. El papel del símbolo dentro de la interpretación del problema del mal

Paul Ricoeur, a diferencia de autores como E. Cassirer (1874-1945) que nombró simbólica a toda aprehensión de la realidad por medio de signos, desde la percepción, el mito, el arte y las ciencias, constituye la simbólica del mal a partir de asignar a la palabra "símbolo" un sentido más restringido. Para nuestro pensador francés el símbolo representa: "toda estructura de significación donde un sentido directo, primario y literal designa por añadidura otro sentido indirecto, secundario y figurado, que sólo puede ser aprehendido a través del primero."[28] Pero también, Ricoeur nos brinda un sentido más preciso yendo más allá de la retórica latina, o de

[27] Ibídem, p.163.
[28] Ricoeur Paul, Op. cit. *Conflicto de las interpretaciones*, p.17.

la tradición neoplatónica que reducen el símbolo a la analogía. Lo que el ser humano vive como mancilla, pecado o culpabilidad, requiere la mediación de un lenguaje específico que es el lenguaje de los símbolos. Debido a que la comprensión del mal está cerrada a la racionalidad, no es posible obtener una transcripción filosófica directa del simbolismo del mal, pero es posible abstraer estos dos grande elementos de mancilla y pecado para generar una aproximación. La expresión de Ricoeur: “El símbolo da; pero lo que da es que pensar, algo que pensar”.[29] Es una invitación al punto de reflexión desde la hermenéutica.

Para la perspectiva hermenéutica, el símbolo en su estructura más arcaica es el medio por el cual opera el paso de la vivencia a la palabra y de la palabra al discurso. No solo garantiza la traslación de un estado a otro, de profundidad o claridad, sino que al ser operativo, influye en esta misma traslación. Sin embargo, aproximarnos al concepto del mal es un desafío a la hermenéutica misma, debido a que nos encontramos con un escenario inaccesible a la totalidad del concepto que abarque todas las manifestaciones con las que el problema del mal se hace presente. Todo lo esencial dado en el ser humano se nombra, alcanza una significación gracias a la conquista del concepto, empero las manifestaciones del mal en el mundo y en el ser humano son inacabables.

Un concepto crucial a partir de la modernidad es el de secularización. La secularización del mundo significa que están desapareciendo los modelos míticos que lo sustentan. Las cosas del mundo ya no se ven como creación de Dios sino

[29] Ibídem, p.482.

como lo que está ahí a la mano para que alguien lo estudie, lo manipule, lo haga suyo.[30]

Comenta Ricoeur: “Al interpretar podemos de nuevo entender, de esta forma en la visión hermenéutica, sobre todo ante la cuestión del mal, se anuda la donación de sentido por el símbolo y la iniciativa inteligible del desciframiento.”[31] En el campo hermenéutico no se trata de alcanzar una interpretación alegórica que pretenda hallar una filosofía disfrazada bajo la envoltura imaginativa del mito, se trata, más bien, de hacer filosofía a partir de los símbolos que intenta promover y con ello conformar el sentido mediante una interpretación creadora.

Hemos de redoblar esfuerzos al querer estudiar la mítica narrativa judeocristiana, principalmente en el hecho de que no puede haber historias de salvación si en el principio no hubiera estado el mal espiritual o naturalmente en el mundo. ¿Cómo compaginar la inmediatez del símbolo con la mediación del pensamiento? Ricoeur nos dirá que “Allí donde un hombre sueña y delira, se alza otro hombre que interpreta.”[32] Bajo éste optimismo continuamos con la obra de Ricoeur:

> Toda comprensión, al igual que toda interpretación,… se orienta constantemente por la manera de plantear la cuestión y por aquello a lo que apunta (por su *Woraufhin*). Por consiguiente, no carece nunca de algún supuesto previo, es decir, que siempre está dirigida por una precomprensión de las cosas en referencia a la cual interroga al texto. Sólo a partir de esta precomprensión puede en general interrogar e interpretar. […] El supuesto previo de toda comprensión es la revelación vital del intérprete con la cosa de la que, directa o indirectamente, habla ese texto.[33]

[30] Cf. Heidegger, Martin. *Ser y Tiempo*, Madrid, Trotta, 2003, §15.
[31] Ricoeur, Paul, *Finitud y Culpabilidad*, Op. cit. p.484.
[32] Ídem.
[33] R.Bultmann, *Creer y comprender*, citado por Ricoeur, ídem. p 485.

Dice Ricoeur:

> Si descifro al hombre a partir de los símbolos míticos del caos, de una mítica de la existencia mala, elaboro una empírica de la libertad sierva, entonces puedo decir que, como contrapartida, habré "deducido"-en el sentido trascendental de la palabra- el simbolismo del mal humano.[34]

El planteamiento sugerido hasta ahora, las aproximación al análisis del misterio del mal, responde acerca de cómo la filosofía desempeña un papel vital dentro de nuestra contemporaneidad para exponer un estudio reflexivo necesario ante una sociedad indolente y violenta. Se trata de un ejercicio de deconstrucción[35] como lo señalaba J. Derrida (1930-2004), lo que la teología y los primeros acercamientos de la filosofía han cimentado a lo largo de la tradición de manera inconsistente. Se trata de brindar un esfuerzo hermenéutico encaminado hacia la búsqueda de una posible enunciación del mal como algo ajeno al no ser, a la ausencia de bien, no para justificarlo, sino para identificarlo y exponerlo como un problema que permanece vigente. El papel de la filosofía que trasciende su devenir histórico para encausar el rigor reflexivo en medio de la compleja y polémica realidad humana que rompe, a través de su intención, de su exceso de libertad y de su evidente labilidad, la idea de progreso mediante el abuso, la intolerancia, lo obsceno y la violencia desmesurada que invita a lo terrible, a no saber si el ser humano ha palmado el límite del daño que un hombre puede hacerle a otro hombre.

El ser humano tanto en la cotidianidad personal como en la vida de la comunidad necesariamente se interroga por el sentido último de su existencia, su identidad y su salvación. Sabe que su permanencia oscila entre dos momentos:

[34] Ricoeur, Paul, *Conflicto de las interpretaciones*, Op.cit. p. 488-489.
[35] Ferraris, M. *Introducción a Derrida*. Buenos Aires, Amorrotu, 2006, p. 91-92.

primero, no es consciente del momento específico de nacer y, segundo, no sabe el momento exacto en el que tiene que perecer, ello despierta la nostalgia de su existencia. La angustia como expresión esencial de dicha nostalgia, en la obra filosófica de Jean Paul Sartre (1905-1980) ocupa una posición fundamental.[36] "¿Por qué insistiremos en la angustia? Porque lo esencial de la angustia es abrir el horizonte de la nada. En la obra de Sartre, la muerte comprendida por la *angustia* se enunciaba como pura *nada.* Más de acuerdo con P. Ricoeur en su obra: *Vivo hasta la muerte* (2007) "La idea de que sin duda tendré que morir un día, no sé cuándo ni cómo, vehicula una certeza demasiado fluctuante para hincar los dientes en el deseo, en lo que más adelante llamaré: deseo de ser, esfuerzo por existir."[37] Por lo que el sentir esencial de la angustia no debe ser adoptado como una realidad necesaria para existir, ni convertirse en pesimismo, sino ser el impulso por enfrentar y hacer en vida aquello que plenamente la existencia puede considerar su mayor realización.

Los acontecimientos contemporáneos nos han llevado a experimentar lo terrible exponiéndonos a tal sufrimiento cuyo efecto es la inquietud de hasta qué punto puede el ser humano soportar el dolor. No hace falta plantearse interrogantes sobre la relación entre Auschwittz y otros crímenes y sufrimientos para tomarlos

[36] El pensamiento de Jean Paul Sarte nos enseña que todo ser vive, pero solo existe aquel que se cuestiona su posición en el mundo; sin embargo, existir implica asumir la consecuencia de tener el conocimiento inmediato de la no existencia y es aquí en donde surge la angustia. La existencia asemeja una corriente de agua que empuja hacia la nada, mientras que el ser rema contracorriente manifestando su posición en el mundo. Al transitar ésta realidad, somos capaces de generar un número ilimitado de cuestionamientos, algunos muy subjetivos, como el preguntar hacia dónde vamos, pero otros muy puntuales que preguntan acerca de la posibilidad de hallar un límite en el sufrimiento humano.

[37] Ricoeur Paul, *Vivo hasta la muerte, seguido de Fragmentos*, Buenos Aires: FCE, 2008, p. 36.

como un paradigma de la clase de mal que impera y que la filosofía pueda examinar, sin embargo, al haber cientos de sucesos en los que se ha pronunciado el mal, es necesario mencionar aquellos espacios que desacreditaron la confianza absoluta en el mundo. Para Ricoeur la muerte violenta, la muerte banal representa un punto de partida para cuestionar el mal en el mundo: "La muerte violenta se convierte en figura del mal absoluto, de la enemistad ¿del Diablo? ¿De Dios? ¿De qué Dios vengador? ¿Acaso malo?" [38]

Continuando con Ricoeur: "Los campos revelaron la verdadera naturaleza del horror de la muerte sobre la base de la situación límite aún ignorada por Karl Jaspers: el exterminio, obra no de la muerte, sino del Mal."[39] A partir de algunos acontecimientos atribuidos al mal a lo largo del devenir histórico podemos construir una aproximación hacia sus manifestaciones, ahí donde degenera, donde perturba, para poder determinar lo que no es el mal. Comenzaremos por la distanciación brindada por Susan Neiman entre dos clases de acontecimientos en donde el mal ha sido identificado acorde a la naturaleza de su manifestación, es decir, los males naturales, propios de catástrofes a capricho del mundo y los males morales, aquellos ejercidos por el ser humano.

> Separar radicalmente lo que en tiempos anteriores se llamaba los males naturales de los males morales fue, pues, parte del sentido de la modernidad. Las concepciones modernas del mal fueron desarrolladas en el intento de dejar de culpar a Dios por el estado del mundo, para hacernos responsables de su condición por cuenta propia.[40]

[38] Ibídem, p. 50.
[39] Ibídem, p. 52.
[40] Neiman, Susan, *El mal en el pensamiento moderno*, FCE, México, 2012, p.28.

Para concluir la problemática entre las diversas maneras de poder aproximarnos a la noción del mal en el mundo, recurro a las aportaciones del Dr. Paul Gilbert, destacado exponente del pensamiento de Paul Ricoeur, y su estudio ante el problema del mal. El mal de una catástrofe no radica en la destrucción de un espacio o la deformación del mismo, sino en la humanidad involucrada que es destruida junto a él. De acuerdo con Paul Gilbert:

> ¿Habrá un mal fuera del hombre? En el nivel mineral es difícil hablar de tal cosa; un temblor de tierra no constituye un mal, sino un hecho que no es ni bueno ni malo. En el nivel vegetal, ¿cómo hablar del mal? La muerte pertenece al ritmo de la vida, y sin ningún viviente muriese, ¿en qué se convertiría nuestra tierra?" El mal se enraíza en las situaciones humanas; no existe como un hecho junto a otros hechos. No tiene facticidad empírica. [41]

El alcance que posee la filosofía ante el tema del mal de acuerdo a su metodología siempre será de un orden distinto al asignado por una visión religiosa desarrollada en pensadores como A. Gesché, para quien la filosofía posee un campo de reflexión limitado desde la interpretación cristiana sobre el tema del mal, sin embargo sabemos que Pascal, o incluso mucho antes que él, san Agustín, habían advertido esta encrucijada que pone en juego lo que puede y no puede la filosofía en su totalidad de sentido. Si la filosofía se convierte en el ejercicio hermenéutico de hacer lo correcto ¿por qué decimos que la reflexión sobre el mal amplifica la posibilidad del mal? Esto está en función de los límites que la filosofía determine sobre la totalidad que cree ver la filosofía, es decir ¿Qué es lo que no puede la filosofía? Lo que puede la religión, ¿y qué es lo que puede la filosofía? Darle al hombre una convicción de enfrentar al mal.

[41] Gilbert, Paul, *Metafísica: La paciencia del ser*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2008, p.363.

1.4. El problema del lenguaje dentro de la interpretación del problema del mal: ¿expresar el mal?

Hasta aquí hemos expuesto el mal con toda su violencia y toda su banalidad, ahí cuando el máximo sufrimiento conocido se interroga por su límite. Esto es lo crucial entre el mal y el lenguaje, que la experiencia del mal ha transgredido lo comunicable dejando atrás todo concepto que pretenda describir la posición y ejecución del mal en el mundo. Lo anterior nos lleva al planteamiento de una cuestión fundamental de la antropología filosófica: ¿el hombre es capaz de insertar mayor mal del que ya conocemos cuando decide buscar en él mismo o en el otro el máximo sufrimiento? Nuestra pregunta no pretende abrir un panorama a lo terrible, pero si la respuesta es afirmativa representaría una evidente advertencia para el porvenir humano e inauguraría una segunda interrogante: ¿dónde está el distintivo de animal racional que solía ser el hombre? Incluso si hubiera una especie de retorno al estado natural del hombre propuesto por Thomas Hobbes (1588-1679) sería difícil afirmar que el ser humano posea la voluntad de insertar mayor mal del que ya hemos conocido. Apelando a dicha lógica, el mal sería colocado y amplificado en el mundo en función del conocimiento que se tenga de él.

Bajo el análisis que nos ofrece Ricoeur hacia el acceso al problema del mal podemos subrayar que una inconsistencia intencionalmente incrustada dentro de nuestra investigación en el orden del lenguaje, es cuestionar si el lenguaje es capaz de expresar el mal. El comienzo del sentido no es con lo que primeramente nos encontramos; para nuestro autor es preciso acceder al punto de partida, es preciso

encontrarlo y conquistarlo, pero para acceder al comienzo el pensamiento necesita habitar en la plenitud del lenguaje. El mal tiene un lenguaje propio que es abordado por Ricoeur en la simbólica del mal, se trata de un lenguaje indirecto y simbólico que se revela por ejemplo, en las narraciones míticas, especialmente en las narraciones míticas de la creación. El lenguaje para Ricoeur comunica o transmite ideas, emociones y deseos a través de un sistema de signos articulados, pero al mismo tiempo lo trasciende.

Símbolos y mitos reflejan la condición lábil del ser humano. Sosteniéndose en esta convicción ricoeuriana, el catedrático especialista en materia de filosofía del lenguaje, Vicente Muñiz concluye que: “El nacimiento es el símbolo impenetrable del mal que el hombre comete a partir del mal que encuentra en el mundo. Esta paradoja que el mal introduce no será, según Ricoeur, superada nunca de modo definitivo. Más que una explicación lógica, el mal exige una reflexión hermenéutica.”[42] El orden de la hermenéutica nos mantiene encausados en la tarea misma de interpretar un escenario que ofrece múltiples respuestas y apreciaciones con respecto a un fenómeno en constante cambio, difícil de conceptualizar.

El pensador francés consideró imperativo que lo vivido por el hombre como mancilla, como pecado, como culpabilidad, requiere de la mediación del lenguaje específicamente del lenguaje de los símbolos. Esto nos ofrece una posibilidad de visión hermenéutica ante el mal, puesto que una particularidad del mal es su inefabilidad, no hay conocimiento que justifique su existencia ya que por añadidura

[42] Muñiz Rodriguez Vicente, *Introducción a la Filosofía del lenguaje*, Barcelona: Anthropos, 1993, p.77.

tal conocimiento sería malo. Solo a través de la interpretación podemos entender por qué soportamos el mal si es lo más concreto por sufrir y temer en tanto estamos arrojados en el mundo. Ricoeur pondrá bajo sospecha, a lo largo de su simbólica del mal, la visión ética aristotélico-kantiana del mundo, de ahí su aprecio y cercanía a una teología trágica que no intente dar razón del sufrimiento.

Si bien la tarea de rastrear la verdad, de establecer el punto de partida del comienzo, radicalmente del comienzo de ser, es un ejercicio reflexivo de gran dificultad, este esfuerzo puede hundirse en la subjetividad. Ricoeur muestra que no hay filosofía sin supuestos previos algunos, así su meditación sobre los símbolos parte del lenguaje que ya tuvo lugar y donde ya se dijo todo en cierto modo.

Para la filosofía ricoeuriana el quehacer primordial no es comenzar, sino en medio del habla *volver a acordarse* con vistas a comenzar. Decir esto nos ayuda a entender la importancia del lenguaje que ya Merleau-Ponty había descubierto: "El lenguaje tiene poder constituyente, es decir, es capaz de instaurar una relación con las cosas confiriéndoles otras significaciones distintas a las de la expresión muda, una significación que parece trascender la materialidad de las palabras y alcanzar las cosas mismas."[43]

El conocimiento del mal debe ir más allá de una analogía, en un esfuerzo por capturar las manifestaciones que hoy en día acaecen. Exponer la separación entre los males naturales de los males morales es crucial para determinar la afinidad a éste último, añade Ricoeur que el mal moral, o pecado en el lenguaje religioso,

[43] López, Séanz Carmen, *La dimensión existencial de la semiología de M. Merleau-Ponty*, Universidad de Zaragoza, 1990. p.141.

designa aquello por lo que la acción humana es objeto de imputación, acusación y reprobación. De acuerdo con Ricoeur:

> El presentimiento de que pecado, sufrimiento y muerte expresan de manera múltiple la condición humana en su profunda unidad nos lleva un grado más allá, en dirección a un único misterio de iniquidad. Alcanzamos aquí, a no dudarlo, el punto en el cual la fenomenología del mal se ve relevada por una hermenéutica de símbolos y mitos que aportan la primera mediación de lenguaje a una experiencia muda y confusa.[44]

Existen otros elementos inmanentes al problema del mal que exigen respuestas tales como *su naturaleza*, manifestada como fuerza negativa, *los modos de ser del mal*, abordados desde una visión teológica como el pecado y sus consecuencias, o bien, de acuerdo con Sigmund Freud (1856-1939) sostener que sentimientos tales como la culpa y la frustración tienen relación con el mal que nace en el seno del hombre, en el mismo lugar psíquico donde se origina la perversión, resultado de la prohibición del deseo.[45]

Pero enfrentar el problema del mal no sólo supone hallar respuestas, sino interrogantes filosóficas que permitan hacer aproximaciones al vasto terreno desconocido e inaccesible del mismo. De este modo "la primera cuestión metafísica ya no es la que pensó Leibniz, ¿por qué hay algo y, no más bien, nada?, sino, más bien, *¿por qué hay mal y no, preferiblemente, bien?"* [46]

El estudio interpretativo de las narraciones míticas alusivas al origen y fin del mal, expanden nuestro interés por introducir una perspectiva teológica que guarde

[44] Ricoeur, Paul, *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología*, Buenos Aires, Amorrortu, 2007, p. 26-27.
[45] Freud, Sigmund, *Tres ensayos para una teoría sexual*. o.c. vol. VII. Arg. Amorrotu, p. 147.
[46] Nemo, Philippe, *Job y el exceso del mal*, Madrid: Caparrós, 1995, p.159.

afinidad con nuestra exposición en la búsqueda de propuestas que permitan evidenciar que el problema del mal es un tema complejo, vigente y digno de reflexión. Philippe Nemo (1949) elabora una aproximación hacia la propuesta de Ricoeur en cuanto al estudio de las narraciones míticas de occidente judeocristiano. El mal, dice Philippe Nemo:

> Significa un fin del mundo, pero un fin que de forma significativa lleva más allá, a otra parte que no al ser, ciertamente, pero a otra parte distinta de la nada, a un más allá que ni la negación ni la angustia de los filósofos de la existencia conciben; el mal no es ni un modo ni una especie, ni un remate cualquiera de la negación.[47]

La cualidad del mal en términos de Philippe Nemo es ésta "inintegrabilidad", si se nos permite usar este término, esa cualidad concreta se define por esta noción abstracta.

A través del devenir histórico de la filosofía, el estudio del mal se ha hecho presente a pesar de los grandes obstáculos que diversas escuelas y pensadores han experimentado cuando pretenden ofrecernos respuestas acerca de su naturaleza. Desde los maniqueos y san Agustín, hasta la contemporaneidad con Hannah Arendt y Paul Ricoeur, se han logrado importantes aproximaciones para pensar con mayor rigor filosófico el problema del mal. En general, son aportaciones que permiten aproximar nuestra comprensión al problema del mal que hoy en día se hace más presente al manifestarse en nuestra violenta cotidianidad. El mal, eso que me afecta, me priva, me limita, está ahí, me tiene en su mira. De acuerdo con Philippe Nemo: "El aparecer del mal, en su fenomenalidad originaria, en su cualidad, se anuncia una modalidad, una manera: el no hallar-sitio, un rechazo de toda

[47] Ibídem, p.156.

conciliación con…, algo contranatural, una monstruosidad, lo de por sí perturbador y extraño.” [48]

Continuando con Philippe Nemo podemos identificar una propuesta en la que el problema del mal tendría un modo de ser totalmente enajenado de la voluntad humana, bajo esta perspectiva el problema del mal estaría inerte, pero guardaría afinidad con el mal expuesto en el libro de Job, aquel mal venido de otra parte y no inmanente al ser humano, en palabras de Philippe Nemo:

> Guiados por la exégesis –pero aspirando a una significatividad intrínseca- el análisis en un segundo momento, descubre en él una “intención”: el mal me alcanza como si me buscase, el mal me golpea como si detrás de la mala suerte que me persigue hubiese una mira, “como si alguien se encarnizarse contra mí”, como si existiera malicia, como si ahí hubiese alguien. El mal, de por sí, sería un “tenerme en su mira” o “enfocarme”. [49]

Finalmente el autor añade que: “La lectura objetiva del *Libro de Job* siempre corre el riesgo de enmascarar entre judíos y cristianos la problemática plenamente originaria que en este texto veterotestamentario se anuda: la cuestión del exceso del mal.”[50]

Por otra parte, bajo la mirada de la tradición grecolatina se ha dicho que la metafísica respondía la inquietud sobre el Ser, el Mundo y Dios, por lo que la cuestión sobre el problema del Mal no fue inadvertida. Así, Aristóteles pensaba respecto al mal, que su fin y su acto son necesariamente peores que su potencia, pues el ser en potencia es el mismo ser a la vez para el bien y para el mal. De acuerdo con la metafísica de Aristóteles: “Es, pues, evidente que el mal no existe

[48] Ibídem, p. 157.
[49] Ibídem, p.158.
[50] Ibídem, p.24.

fuera de las cosas ya que, por su naturaleza, el mal sigue a la potencia. Por tanto, en las cosas que existen desde el principio y en las eternas no hay mal alguno, ni error ni corrupción (pues también la corrupción es un mal)."[51] Bajo ésta premisa aristotélica podemos identificar que el problema del mal obedecía a un orden volitivo y no se interrogaba acerca de la posibilidad de que perteneciera a algún otro orden; el mal enunciaba ser la ausencia del bien. Sin embargo, la tradición judeocristiana no compartió el optimismo de un bien imperante, debido a que la desgracia padecida en el justo sufriente era un enigma que debía ser interrogado.

Una de las inconsistencias sobre el modo como el pensamiento judeocristiano ha expresado la naturaleza del mal es polemizada en el pensamiento de Ricoeur a través de la teoría de retribución. Ella explica la supuesta aleatoriedad con la que el mal se nos presenta afectando al justo. La teoría de retribución dicta que todo sufrimiento es merecido pues constituye el castigo por un pecado individual o colectivo, conocido o desconocido. Ni siquiera un orden jurídico está por encima de la retribución que señala Ricoeur. El orden jurídico en el momento que intenta distinguir a "buenos" y "malos", la distinción únicamente se refiere al mal dentro del hombre por su disposición a encauzar su voluntad para trasgredir al otro, con la intención de determinar la pena según el grado de culpabilidad de cada situación, falla al atestiguar que el reparto de los males dentro de la esfera de la retribución es arbitrario, indiscriminado y desproporcionado, es decir ¿por qué muere injustamente esa persona y no aquella otra? Aquí nos referimos al mal fuera del hombre, como

[51]Aristóteles, *Metafísica*, ed. y trad. de Tomás Calvo Martínez, Madrid: Gredos, 1994, p. 388.

aquello que me tienta, daña y extravía. A tal interrogante el pensador Ramón Xirau (1924-2017) añade una problemática filosófica y ya no solo jurídica:

> Consideremos un caso concreto: el de una enfermedad. Toda enfermedad nos quita fuerzas y energías, reduce en algo nuestro modo de ser. Por otra parte, todos consideramos la enfermedad como una mal. Y de la misma manera que la enfermedad es una falta de salud, el insulto o la violencia pueden ser falta de caridad, y el crimen falta del sentido de la justicia. En todos estos casos concretos el mal se presenta, por una parte, como carencia de un bien y, por otra, como una negación de nuestro propio ser.[52]

Si generalizamos a partir de estos ejemplos y nos preguntamos qué es el mal, podremos pensar con san Agustín que el mal es siempre una falta, una falla, una carencia. De este modo, el bien se identifica con el ser, el mal con la falta de ser. De acuerdo con san Agustín, el bien supremo es también el ser supremo de Dios. El mal absoluto sería una pura hipótesis, una inexistencia, ya que habría que hacerlo coincidir con el no-ser. Lo anterior puede expresarse en forma positiva: todo lo que existe, en cuanto existe según la forma de ser que le es propia es un bien; el mal es la renuncia o la carencia de éste ser. El pecado debe interpretarse no como el deseo de una naturaleza mala, sino como el abandono de una mejor. Al referirse al pecado original, Ramón Xirau en su introducción a san Agustín, recupera lo siguiente: “El hombre no apeteció una naturaleza mala cuando echó mano al árbol prohibido; sino que dejando lo que era mejor, cometió por sí un acto malo.”[53] Para san Agustín, quien obra mal no tiene nada, carece de amor, sin embargo el enigma que representa el problema del mal es que no importa si el mal es indeterminado,

[52] Xirau Ramón, *Introducción a la Historia de la Filosofía*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2016, p. 139.

[53] Xirau, Ramón, Op. cit, p.140.

carente de conceptos, ajeno a la naturaleza del mundo, o que se trate de una mancha heredada imposible de extirpar, desafortunadamente no es posible evitar el misterio aleatorio con el cual opera el mal. Continuando con el estudio de Xirau vemos que:

> Los maniqueos concibieron al mal como una sustancia, una naturaleza y un ser. Y éste fue su error, su principal error fue, de acuerdo con san Agustín, concebir el mal como un ser existente y, al hacerlo así, llegaron a contradecirse puesto que atribuían al mal el ser que es, precisamente, el bien. [54]

No sólo los maniqueos, también los gnósticos crearon una cosmovisión con respecto a la comprensión del mal. Clemente de Alejandría sugería definir la *gnosis* a través de la respuestas a ciertas interrogantes tales como: ¿quiénes éramos?, ¿en qué nos hemos convertido?, ¿dónde estábamos antes?, ¿de qué mundo hemos sido arrojados?, ¿hacia qué meta nos dirigimos?, ¿de qué hemos sido liberados? Entonces en las raíces del cristiano primitivo se podría afirmar que fueron los gnósticos los que plantearon la pregunta de dónde proviene el mal e intentaron convertir esta pregunta en una cuestión especulativa y darle una respuesta que fuera ciencia, saber, o *gnosis*.

La intervención de san Agustín fue inevitable pues liberó el combate antimaniqueo y el anti-pelagiano. Librando dos frentes distintos se gestó el concepto polémico y apologético de *pecado original*.[55] Nuestro interés ha sido incursionar en la revisión de cómo se dio el concepto del mal recuperando o caracterizando la

[54] Ídem.

[55] Ricoeur Paul, Op.cit, *Conflicto de las interpretaciones* p. 247.

reflexión que nos permite acceder a un ejercicio hermenéutico sobre el sentido del pecado original.

Como concepto polémico y apologético "pecado original" significa una primera cuestión, que el mal *no es algo que sea*, no tiene ser ni naturaleza, porque proviene de nosotros, porque es obra de la libertad.[56] Esta tesis anterior puede llegar a ser insuficiente pues sólo da cuenta del mal presente que se está cometiendo, que se está haciendo, o para usar un concepto de Kierkegaard, del mal que se hace en el instante. Por otra parte, también hallamos un obstáculo de naturaleza polémica cuando intentamos responder desde la óptica de la gnosis que… En palabras de Ricoeur:

> Si la gnosis es conocimiento, saber, ciencia, es porque –como lo han mostrado, Jonas, Quispel, Puech y otros- para ella el mal es fundamentalmente una realidad cuasifísica que asalta a los hombres desde afuera; el mal está afuera, es cuerpo, es cosa, es mundo, y el alma ha caído en él. Esta exterioridad del mal proporciona de inmediato el esquema de una cosa, de una sustancia que infecta por contagio.[57]

Ante lo anterior, la patrística sostuvo que el mal no tiene naturaleza, no es una cosa, el mal no es materia, no es sustancia, no es mundo. No es en sí y proviene de nosotros mismos. Es necesario rechazar la tesis gnóstica sobre la manera en que aborda el concepto del mal, pues de acuerdo con Ricoeur, "No puedo contestar *malumesse* (el mal es) porque no puedo preguntar *quid malum* (¿qué es el mal?), sino únicamente *undemalum faciamus* (¿de dónde viene el mal que hacemos?). El mal no es ser, sino hacer." [58]

[56] Ídem.
[57] Ibídem, p. 248.
[58] Ibídem, p. 249.

Recuperando la propuesta acerca del origen del mal con la lectura del judeocristianismo, la respuesta nos vuelve a posicionar en el primer planteamiento sugerido por Ricoeur: el mito. Ya sea la caída o la desobediencia, ambas dan testimonio de cualidades de nuestro concepto tales como el deseo, la indecisión, la indiferencia, el señalamiento y dentro de la esfera religiosa, al no existir ecumenismo, el mal es combatido y prevenido para algunos mediante el castigo, pero para otros por el esfuerzo de ser superado.

Seguido de la lectura con san Agustín podemos atisbar que el símbolo de Adán transmite esencialmente el ejercicio de la voluntad *"*el ángel y el hombre son naturalezas con voluntad propia, y para que exista voluntad, tiene que existir naturaleza."[59] En esta afirmación, podemos encontrar también la emergencia del mal en el mundo, es decir, por un hombre, el pecado entró en el mundo. En un ejercicio dialéctico que mantuvo san Agustín en Contra de Julian de Eclana, recupera Ricoeur: "¿Buscas de dónde proviene la voluntad mala? Hallarás al hombre." [60]

El desafío que representa el mal está en función del sufrimiento que está más allá de la acción injusta de los seres humanos sobre otros. Dice Ricoeur: "En consecuencia, la pregunta cambia: ya no es ¿Por qué?, sino ¿Por qué yo?, La respuesta practica deja de ser suficiente." [61] Cuestionarnos ¿qué es el mal? Implica un ejercicio interpretativo hacia un concepto en constante cambio, por ello es

[59] San Agustín, *Réplica a Juliano*, trad. Luis Arias Álvarez, Fundación el libro total, www.ellibrototal.com, Cap. 37, p 85.
[60] Ricoeur Paul, *El conflicto de las interpretaciones*, Op. cit, p. 250.

[61] Ricoeur,Paul, *El mal, un desafío a la filosofía y la teología*, p. 62.

necesario identificar aquello que describa al mal de forma universal, evitando así una definición propia de una cultura, de una tradición o de una religión.

El resultado de la búsqueda etimológica y conceptual del problema del mal bajo la perspectiva de Paul Ricoeur, nos demuestra que la parte teórica del mal es insuficiente para identificar su naturaleza; el mito, el símbolo y el lenguaje nos ofrecen una aproximación hacia la totalidad del problema, pero nos dicen muy poco acerca de su naturaleza. Nuestra propuesta apunta hacia un rastreo de la experiencia vivida del mal ahí en donde degenera, donde lacera y manifiesta de manera contundente una manera de colocarse en el mundo.

CAPÍTULO SEGUNDO

Desde la interpretación al campo de acción. La experiencia vivida del mal a través del dolor

2.1. Integración entre Filosofía y Teología. Un diálogo hacia la afinidad del mal y el dolor

Guiados por el escudriñar filosófico con tendencia a lo teológico, nos detuvimos un momento sobre las reflexiones de san Agustín (354 d. C – 430 d. C.):

> ¿Quién me ha hecho? ¿Es que no ha sido mi Dios, que no es sólo bueno, sino el propio Bien? ¿De dónde, pues, me viene el querer mal y el no querer bien? ¿Para que haya motivo de que pague un merecido castigo...? ¿Quién ha puesto esto en mí y ha sembrado en mí un semillero de amargor, siendo yo por entero obra de mi dulcísimo Dios? Si el incitador es el demonio, ¿de dónde procede ese mismo demonio? Pues si también él, por su voluntad descaminada, de ángel bueno pasó a ser demonio, ¿de dónde en él su malvada voluntad por la que se convirtiese en demonio, cuando un ángel es por entero obra de un creador bueno en grado sumo? [62]

En filosofía resulta obligado hablar del ser humano, de Dios, del mundo, del universo, de una selecta gama de contenidos que se encuentran bajo un constante ejercicio reflexivo a partir de las repuestas que nos ofrece el devenir histórico y las diversas aportaciones de grandes pensadores, filósofos y la comunidad científica; sin embargo, no siempre podemos garantizar que las múltiples aportaciones nos aproximen a la culminación del problema, en filosofía o en cualquier otra disciplina el problema o la pregunta no siempre es superada.

El problema del mal representa un desafío particular para la filosofía y la teología por las dificultades que diversos pensadores han enfrentado en la

[62] San Agustín, *Confesiones*, Gredos, Madrid, 2010, VII, p 340.

búsqueda de su justificación, el mal posee una cualidad inescrutable desde de su propia naturaleza. El mal se nos anticipa advirtiendo que el camino hacia el esfuerzo por comprenderlo es tan amplio y necesario como lo es Dios para la teología, es por ello que recurrimos a las aportaciones del teólogo Adolphe Gesché (1928-2003) un pensador que reconoce el papel que ha desempeñado el problema del mal dentro de la esfera teológica debido a su intervención obstaculizadora que impide justificar los atributos positivos de su principal campo de estudio: Dios.

Existe una deuda con la teología cuando la filosofía intenta dar testimonio de los atributos de Dios, debido a que el ejercicio filosófico permanece en constante movimiento y la naturaleza interrogativa de la filosofía no se permite encasillar dentro de una sola tradición. Sin embargo, al ser ésta tradición la que proyecta una preocupación puntual por la naturaleza del mal, es importante preguntarle a la figura del teólogo la distancia o el acercamiento que ha tomado hacia la superación del problema del mal. La distinción teológica: el mal de culpa y mal de pena, además de la distinción filosófica: el mal metafísico, mal moral y mal físico, es una propuesta brindada por Adolphe Gesché, una intervención que raya en lo teológico, pero necesaria para comprender la preocupación de Paul Ricoeur por estudiar el problema del mal desde occidente. Lo anterior no pretende ceñir el trabajo de Ricoeur bajo un estudio teológico, sino brindar apertura hacia un diálogo que permita orientar nuestras interrogantes sobre la existencia del mal dentro de una creación teológicamente perfecta.

Gesché sostiene que la pregunta por el fenómeno del mal es una cuestión teológica. En palabras del pensador: “Que la cuestión pase por Dios no es simplemente algo que esté permitido o que sea interesante, sino algo que resulta

necesario, que pertenece a la naturaleza y la exigencia misma de la cuestión. Si hay una cuestión teológica, es ésta. Y mucho más teológica que filosófica."[63]

Siguiendo a Gesché, a diferencia de las aportaciones kantiana expuestas en su obra *La religión dentro de los límites de la mera razón (1793)* que sugieren atender el problema del mal desde el tema de la libertad, a la teología le preocupa que dicho fenómeno transgreda las barreras de la moralidad, de la libertad y de toda racionalidad que se opone a la perfección de todas las cosas estipuladas en la creación. El reto de la teología consiste en llegar al fondo de la cuestión del mal, sin embargo, aun cuando tenga una respuesta, debe recordar que es una cuestión, por otra parte, humana, que termina convirtiéndose en una cuestión de Dios. El mal se enuncia a partir de la queja del hombre hacia Dios, no de Dios hacia el hombre.

En primera instancia hacer el mal es injustificable moral e intelectualmente, basta con preguntarnos ¿quién se atrevería a hacer la apología del mal? Establecer un discurso del mal desde el seno teológico puede correr el riesgo de darle racionalidad, incluso justificación, por ello debemos partir de la premisa en donde el mal es lo irracional por excelencia; su discurso cae necesariamente bajo la lógica de que hacer el mal implica causar dolor, por lo que asumiendo que es irracional causar dolor, el mal es injustificable en todos los sentidos de la palabra. Ante esto, podemos rastrear en Gesché la irracionalidad de la existencia del mal como una sorpresa en el plan de Dios ¿Cómo sostener ésta tesis? Hablar del mal como una sorpresa en los planes de Dios puede ser un hastío para la teología, principalmente porque la presencia del concepto es irrefutable en los relatos bíblicos; sin embargo,

[63] Gesché, A. Op.cit, p.31.

Gesché sugiere en cambio “una lectura hermenéutica y no etiológica en cuanto a la relación de Dios con el mal.” [64] ¿Qué implica ése ejercicio hermenéutico? Renunciar a todo intento inmediato de justificación del mal y profundizar en lo que el relato bíblico narra acerca de dicho fenómeno. Ejercer una mirada hermenéutica y no etiológica, implica también una suspensión del juicio, a partir de aquí, guiados por la lectura interpretativa de Gesché encontramos que: “A primera vista el mal se representa como una desgracia. Ver el mal como un desastre, antes de verlo como culpabilidad, nos permite dejar de lado una verdadera responsabilidad inicial en el mismo.” [65] Señala Gesché:

> Si Dios y el hombre son inocentes según el relato bíblico del Génesis, el verdadero primer problema de la responsabilidad puede plantearse de este modo: ¿cómo obrar ante el mal? ¿Qué hay que hacer? ¿Cómo salir de él? De tal forma que el lugar de una responsabilidad de perdición queda ocupado por una responsabilidad de salvación. [66]

Cuando se habla del Génesis, la hermenéutica del antiguo testamento aclara que el mal, al no ser parte de una creación, fue un accidente, en éste sentido dice Gesche: “El mal, en el hombre, es sólo una adhesión a otra cosa, a algo que viene de fuera y no de su propio fondo.”[67] Atendamos la réplica expuesta por los primeros padres en el Génesis: “*yo no he creado el mal.* Esa fue la excusa, ciertamente ingenua, aunque Dios les dio en parte la razón, de Adán y de Eva: *no he sido yo, sino la serpiente.”* [68] A partir de éste momento se permitió el acceso primigenio que puso en contacto la creación perfecta con el fenómeno del mal: el pecado. En el

[64] Ibídem, p.39
[65] Ibídem, p. 56.
[66] Ibídem, p. 56-57.
[67] Ibídem, p. 63.
[68] Ídem.

relato bíblico observamos la astuta emancipación que emana de Eva diciendo: "*sí, yo consentí, pero a algo que venía de fuera, no de mí misma, de manera que yo no soy fundamentalmente mala* .Eso es exactamente el pecado: no el mal, sino el consentimiento en el mal. El pecado puede ser perdonado mientras que el mal no se puede absolver." [69]

La tesis teológica sostendrá firmemente que: "el mal no es de este mundo; ha entrado en él; ha venido de fuera." [70] Además de responsabilizar a las corrientes gnóstica y maniquea como las principales causantes de vincular el mal y la tierra, haciendo al mundo malo por naturaleza y no por accidente. Lo anterior se vuelve inaceptable desde san Agustín, debido a que consideró inaceptable la propuesta de un dualismo como justificación del mal. En medio de una lucha entre politeísmo y monoteísmo, era contradictorio para la doctrina paulina, fundadora del monoteísmo cristiano, adoptar una postura en la que existiera un dios para el bien y un dios para el mal.

La finalidad de otorgarle a la teología su participación dentro del diálogo filosófico es poder encontrar en ella la postura que determine al mal como un problema esencialmente autónomo de la ausencia del bien. La crítica que Gesché ofrece al respeto es la siguiente:

> En efecto, la tradición judeo-cristiana ofrece la denuncia más radical que se ha oído en contra del mal, mirado desde su raíz. Porque muchas filosofías -al menos es esa su tendencia y todos los planteamientos estéticos -y aquí el riesgo es evidente- han cedido a la tentación de minusvalorar el mal y hasta de negarlo. Pensemos en la tradición platónica que entiende el mal como

[69] Ídem.
[70] Ibídem, p.59.

> simple ausencia del bien o en la teoría de Leibniz sobre el mejor de los mundos posibles. [71]

Hasta aquí hemos expuesto bajo la mirada hermenéutica que el problema del mal es posible abordarlo como algo ajeno a la ausencia del bien, pero esto representa un mayor grado de dificultad pues si no es ausencia de bien, ¿entonces qué es el mal? Y si el mal es lo irracional por excelencia ¿por qué debo combatirlo? A propósito de esto, Gesché añade: "¿Es necesario siempre tener motivos para luchar contra el mal, sentirse culpable para combatirlo? En tal caso, sería una curiosa connivencia, una inquietante perversión." [72] Continuando con Geshé: "El mal no puede ser defendido. Porque si tiene que haber algún tipo de racionalidad en la armonía general de un orden providencial que nos desborda, el mal pasa a ser un escándalo ante el que no tienen sentido los discursos de justificación." [73]

La libertad de elegir, de acceder al mal radical, tal como fue expuesto por Kant, encuentra su réplica en el libre albedrio que ofrece la tradición judeocristiana con la narración del mito de Adán. Sin embargo, las razones por las cuales el ser humano posee inclinación hacia el mal y no preferentemente al bien es una cuestión insondable, empero, hablar de la posibilidad de una elección refuerza la idea de una potencia mala que espera ser llevada al acto, a cometer el mal, debido a que si los actos que trasgreden la integridad del otro se presentan como una ausencia de bien, tendríamos que aprender a justificar lo que se presenta como terrible, lo que la modernidad nombró Auschwitz. La aportación de Gesché permite dimensionar la responsabilidad de poseer la facultad de elegir en medio del mal.

[71] Ibídem, 113.
[72] Ibídem, p. 75.
[73] Ibídem, p.78.

> Al poner en parte el mal en manos del hombre, el cristianismo no solamente desfatalizó por eso mismo el mal, sino que aseguró también en cierto modo al hombre el dominio sobre el mal. En efecto, si el mal no viene solamente de fuera, sino también de mí mismo, es que yo tengo cierto dominio sobre él, de manera que podría no cometerlo, podría no haberlo cometido nunca. Efectivamente, el «tú eres culpable» («Caín, ¿qué has hecho con tu hermano?»), el «tú has pecado», significa: «habrías podido no pecar». La acusación es al mismo tiempo la afirmación: «Eres capaz de no hacerlo». [74]

2.2. El dolor: la experiencia vivida del mal

El mal es un desafío y un enigma cuya interpretación solo es posible en la encrucijada entre el mal cometido y el sufrido, entre el dolor causado y quien lo padece. Sin embargo, a pesar de vincular el problema del mal con la desgracia arbitraria que impide la perfección de las cosas, es difícil determinar que posea un modo concreto de manifestación y es poco probable lograr advertir el tiempo y espacio en donde degenera. Para la tradición de occidente, precisamente a través del judeocristianismo, se determina al igual que en la tragedia griega una manera de pronunciar el fenómeno del mal, esto es posible ahí donde no es pensado sino señalado a través del lamento, del grito del dolor. El dolor es indudablemente una experiencia triste, áspera, amarga, y difícil de soportar y tolerar, por lo tanto es válido asumir que el mal se enuncia ahí en donde el grito del dolor evidencia lo terrible. En palabras de Gesché: “Terrible desde siempre, el mal lo es más todavía hoy, desde que nos hemos hechos sensibles, como nunca, a la desgracia inmerecida, a aquella que cae sobre el inocente o sobre la colectividad.” [75]

[74] Ibídem, p. 119.
[75] Ibídem, p. 51.

Aunque los estoicos empleaban pequeños silogismos para demostrar que el dolor no es un mal, ejemplo*: Lo que es un mal perjudica, lo que perjudica te hace peor, el dolor no te hace peor, luego el dolor no es un mal,* las características de áspero, contrario a la naturaleza, difícil de soportar, penoso, duro, que son atribuidas al dolor, son propias descripciones del mal. Para los estoicos, ningún mal, ni todos los males, aunque se les pudiera reunir en un solo lugar, serían comparables con el mal de la vergüenza, ante esto en la obra de Cicerón se discute que sería muy difícil para una víctima que se encuentra dentro del toro de Fálaris, afirmar que la vergüenza se encuentra por encima del dolor.

¿Cómo nos conduce la reflexión hermenéutica del mal a aterrizarlo a la tesis del dolor y el sufrimiento? El hombre sufriente es la prueba contundente de la existencia del mal en el mundo. El mal sufrido o ejercido está ahí, reclama una respuesta y, por tanto, un modo determinado de escucha. Con respecto al mal moral, nos encontramos que no es nada en sí mismo hasta que no se convierte propiamente en una falta, es decir, en una acción objeto de imputación, de acusación, de censura o de reprobación por parte de algún otro como sostiene Ricoeur:

> Entendido el término con rigor, el mal moral -el pecado, en el lenguaje religioso- designa aquello por lo que la acción humana es objeto de imputación, acusación y reprobación. La imputación consiste en asignar a un sujeto responsable de una acción susceptible de apreciación moral. La acusación caracteriza a la acción misma como violatoria del código ético dominante dentro de la comunidad considerada. La reprobación designa el juicio de condena en virtud del cual el autor de la acción es declarado culpable y merece ser castigado.[76]

[76] Ricoeur, Paul, *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología,* Op. cit, p.24

A través del devenir histórico se han estipulado incontables propuestas éticas, máximas, principios categóricos, tratados, etc., expuestos por maestros de la moralidad que comparten un elemento en común; la realidad humana. Es a través del devenir filosófico en donde podemos reflexionar tres hechos contundentes: La finitud, la debilidad de la voluntad humana o, en términos de Ricoeur, el hombre lábil y finalmente la realidad del mal.

En el ejercicio de ajustar al dolor como un elemento comunicable del mal, debemos distinguir por una parte el dolor sufrido y por otra parte el dolor infligido, éste último cargado de intencionalidad. Ricoeur data de una narrativa esta noción, fuente de lo voluntario y lo involuntario, *el hombre capaz.*

Brindar aspectos, características, manifestaciones, que sean propias al concepto del mal, es una tarea enciclopédica, de ahí la necesidad de buscar una vía, un camino en el cual pueda descansar ésta afirmación contemporánea que levanta su objeción al argumentar que la expresión del mal en el mundo contemporáneo se manifiesta bajo la protesta de la víctima que enuncia el dolor a través del grito, del lamento, de la injusticia.

El mal podría ser interpretado como exceso, puesto que la noción de exceso evoca de entrada la idea cuantitativa de intensidad, de un grado suyo que rebasa la medida; sin embargo, comenta Phillipe Nemo: “el mal no es exceso porque el sufrimiento pueda ser fuerte y rebasar, así, lo soportable. La ruptura con lo normal, y no normativo, con el orden, con la síntesis, con el mundo, constituye ya su esencia

cualitativa."[77] Es decir, el mal es exceso no por lo cuantitativo sino por la cualidad de no poder integrarse a un orden establecido en el que pueda justificarse.

El problema del mal en el siglo XVIII era tan diferente al de nuestro tiempo que compararlo implica no solamente una confusión conceptual, sino moral. Comparar Lisboa con Auschwitz puede ser un gran error al intentar ver al segundo como un desastre natural. La voluntad de un mineral no tiene nada que ver con la voluntad malintencionada del hombre, el segundo posee la particularidad de llevar la potencia en acto en cualquier momento y dar lugar a crímenes indescriptibles e imprescriptibles.

Hemos reconocido a través de la mirada de Susan Neiman que el problema del mal adopta muchas formas y obedece a manifestaciones incomprensibles e injustificables. No es lo mismo el mal causado en la tragedia del Lisboa, que el mal provocado por la ejecución de la violencia en todas y cada una de sus formas, que, debido al uso perverso del poder de la técnica, causa miles y miles de muertes crueles, prematuras y absurdas. Y no digamos esa práctica inhumana que es la tortura, cuyos métodos se han ido perfeccionando a lo largo de la historia para causar dolor al otro.

[77] Nemo, Philippe, Op.cit, p.156.

2.3. Reflexiones sobre el dolor en la antigüedad

Respetando un criterio etimológico que muestre indicios del aparecer del dolor como una manifestación contundente del mal, veamos a través de la obra de Cicerón que: "Hay un pasaje en el que afirma que, si se quema o tortura a un sabio –tú esperas que quizá diga: lo sufrirá, lo soportará, no sucumbirá; eso sería un gran elogio, por Hércules y digno del mismo Hércules por el que he jurado-"[78] En dicha afirmación expuesta originalmente por Diógenes de Laercio, se persigue la finalidad de exponer ante el estoicismo, que el conocimiento no implica necesariamente una cura ante el dolor, es decir, si el sabio y el ignorante arden simultáneamente, ambos experimentarán dolor en la misma medida, ninguno quedará exento, ni si quiera podríamos garantizar que el sabio proyecte inmutabilidad ante lo vivencial en medio el dolor. Ante esta intuición, expongo el siguiente ejemplo de la obra de Cicerón: Cuando a Dionisio de Heraclea (ca. 328-248) se le pregunta el motivo por el cual había renunciado a su opinión en donde declaraba que el dolor no era un mal, él replicó: "Porque, si después de haberme dedicado solo un poco a la filosofía no fuera capaz, no obstante, de soportar el dolor, ello sería una prueba suficiente de que el dolor es un mal. Ahora bien, yo he gastado muchos años en el estudio de la filosofía y no soy capaz de soportarlo; luego, el dolor es un mal" [79]

Una vez expuesto el escolio del dolor como una manifestación del mal, continuaremos con la interrogante ¿Cómo es posible que un hombre totalmente

[78] Cicerón, *Sobre el dolor*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 2011, p. 100.
[79] Ibídem, p.132.

justo sufra de un modo tan absoluto y absurdo? El escándalo proviene de la unión del grado cero de culpabilidad con el sufrimiento extremo. Puntualizaré más adelante éste planteamiento a través del libro de Job. Poder argumentar que el dolor es una expresión del mal, es una afirmación compleja que requiere un soporte. Cicerón nos brindaría el preámbulo que necesitamos para distinguir la importancia que desempeña el dolor dentro de la esfera del problema del mal, mientras que la visión de Susan Neiman nos permite ubicar los acontecimientos dentro del devenir histórico en las cuales podemos señalar de manera puntual la intervención del otro que inflige daño, que inflige dolor, que mancilla y, por lo tanto, se convierte en exponente del problema del mal.

2.4. Reflexiones sobre el dolor en la modernidad

Previo a continuar nuestra propuesta, introduciremos una breve aportación del pensador Miguel García Baró a la relación mal-dolor. En la conferencia: *¿Dónde se esconde el mal?* García Baró expone lo siguiente:

> ¿Hay algo así como una experiencia del mal en tanto que mal? Sí, yo le llamo dolor. El dolor fundamentalmente es una experiencia corporal, hecha a base de sensaciones, mientras que el sufrimiento es el modo en el que el sujeto reacciona respecto del dolor. En este sentido se sufre, no necesariamente al servicio del dolor, sino porque al ser víctima del dolor, se añade el miedo al dolor que va a ir creciendo, se añade el desasosiego de que la vida tenga menos sentido del que se creía cuando de repente nos sorprende una enfermedad en el mejor momento. [80]

[80] Miguel García-Baró: ¿Dónde se esconde el mal?, *Youtube*, subido por UniSanDamaso, 04 de marzo de 2020, www.youtube.com/watch?v=X7n3W0X2eoU.

Con la finalidad de continuar el ejercicio reflexivo acerca del dolor y su relación con el problema del mal, introduciremos algunas propuestas del pensamiento del Dr. Agustín Serrano de Haro, importante exponente en materia filosófica alusiva al tema del dolor.

> El dolor es inmanente en el sentido en que no pertenece a un dualismo mente- cuerpo, tampoco a naturaleza- sentido, no es un hecho anónimo. El cuerpo vivido es el lugar originario de sufrir el dolor, por tanto, no tiene sentido pensar el dolor, como Descartes, como un fenómeno puramente de conciencia. El dolor es sentirse siempre alcanzado en algún lado, un quedar afectado con alguna debilitación. [81]

La diferencia entre dolor y sufrimiento con Paul Ricoeur, es que ambas son afecciones, sin embargo del dolor son afecciones resentidas o percibidas como localizadas en el cuerpo, mientras que del sufrimiento son afectos abiertos a la flexibilidad, al lenguaje, la relación a sí mismo, la relación al otro y al cuestionamiento. Ante el dolor extremo, el Yo queda impotente. El dolor se sufre, al igual que los colores se ven. En la cuestión de temporalidad, no cabe el dolor instantáneo, el viviente lo experimenta como tiempo percibido en una especie de tiempo que no avanza.

Finalmente ante la tesis que argumenta que el dolor no necesariamente expresa un mal, pues su empleo puede ser canalizado hacia el servicio del placer, el Dr. Agustín Serrano aporta lo siguiente: “El dolor al servicio del placer, es un dolor domesticado, al rebasar esa domesticación, se revela su contrariedad con la

[81] Serrano de Haro, Agustín. *Introducción a la fenomenología del dolor: la experiencia del dolor físico desde el punto de vista filosófico*. Revista d'Humanitats, 2019, núm. 3, p. 30-42.

situación placentera y revela su naturaleza como algo áspero, desagradable y todas sus manifestaciones." [82]

Si bien hemos limitado el proceso de estudio conceptual al campo de la hermenéutica de Ricoeur, la historia de la filosofía está inmersa de tal manera en el problema del mal, que el problema no es dónde empezar, sino dónde detenerse. Señala Neiman: "Auschwitz fue devastador desde un punto de vista conceptual porque reveló una posibilidad de la naturaleza humana que esperábamos no ver."[83]

> Si lo que hay de nuevo en el mal contemporáneo no puede ser simplemente un asunto de cantidad relativa, tampoco puede serlo de crueldad relativa. Las cámaras de gas fueron inventadas para ahorrar a las victimas formas más atroces de morir – y a los asesinos, escenas que pudieran turbar sus conciencias-. Para muchos, esta clase de pervertida mezcolanza de industrialización adobada con un reclamo de humanitarismo es lo que hizo aterradores los campos de exterminio. Las discusiones sobre qué clase de muerte es peor llevan a horripilantes formas de competencia.[84]

La mirada de Susan Neiman nos permite dimensionar el difícil camino que implica acceder al estudio minucioso del problema del mal, en palabras de Neiman: "el problema del mal tiene tal poder de infiltración que para tratarlo de manera exhaustiva y sistemática haría falta un tratamiento exhaustivo y sistemático de la mayor parte de la historia de la filosofía."[85]

Es importante hacer hincapié en la dualidad que aquí se ha establecido para llevar a cabo un análisis dentro del concepto del mal y colocar en un primer momento la propuesta de lo que Susan Neiman denomina el mal natural, que responde a los acontecimientos desafortunados, a aquellas catástrofes que han interrumpido la

[82] Ídem.
[83] Neiman, Susan, Op. cit, p.325.
[84] Ibídem, p. 326-327.
[85] Ibídem, p.28.

armonía de un orden bueno. La otra parte es el reconocimiento de aquellos acontecimientos que han sido provocados por la voluntad humana, por una libertad trastocada la cual ha sido denominada como el mal moral. La afinidad de pensamiento que existe entre las aportaciones de Ricoeur y Neiman para centrarse en el mal moral, es un elemento importante a destacar para considerar al mal moral desde una sola óptica.

Títulos como el mal natural, el mal moral, el mal radical, el mal metafísico, responden a una compresión desde distintos ángulos de apreciación, sin embargo poseen la misma finalidad; brindar un proceso analítico del mal en el devenir histórico y filosófico para integrarlo en una síntesis que nos aproxime a las manifestaciones contemporáneas del mal y los límites que fueron determinados en el pensamiento de Paul Ricoeur.

Señala Neiman que: "el problema del mal puede ser expresado en términos teológicos o seculares, pero es fundamentalmente un problema sobre la inteligibilidad del mundo como un todo, así pues no pertenece a la ética ni a la metafísica, sino que constituye un vínculo entre la una y la otra."[86] Así el mal se posiciona como un problema que no es propio de una sola disciplina; sin embargo, nuestro acceso hermenéutico nos advierte que al no poder justificar el mal, nace un esfuerzo por interpretar y evidenciar la posibilidad de combatirlo. Añade Geshé:

> Si el mal no fuese más que una cuestión moral, bastarían contra él el estoicismo y las proezas de la virtud. Pero si se trata, como hemos visto, de un desastre en el destino, se necesita una salvación. El mal no es simplemente una cuestión de sentido (de sinsentido), sino que afecta a la

[86] Ibídem, p.33.

> vida, a la existencia. El mal es un existencial o, mejor dicho, un contra existencial.[87]

Bajo la mirada hermenéutica, ante el problema del mal es más importante decidir no hacerlo, que definirlo. De acuerdo con Ricoeur:

> Para la acción, el mal es, ante todo, lo que no debería ser, mas tiene que ser combatido. En este sentido, la acción invierte la orientación de la mirada. Bajo el influjo del mito, el pensamiento especulativo es llevado hacia atrás, hacia el origen: ¿de dónde viene el mal?, pregunta. La respuesta –no la solución- de la acción es: ¿qué hacer contra el mal? [88]

Hasta aquí, la condición falible del ser humano, la falibilidad planteada por Ricoeur constituye la parte medular en el proceso de inserción del mal en el mundo, esta inserción no parece disminuir incluso respetando la lógica de progreso. Asumir que el progreso científico sea el fin de todos los males es, en definitiva, una trampa. Por otra parte es definitivo asumir que cada vez tenemos más acercamiento al mal, basta atisbar cualquier parte del mundo para reconocer la crisis derivada de un sinfín de crímenes atroces que tienden a diluirse bajo la presentación de cifras, de estadísticas que determinan un conocimiento numérico, un ejercicio propio de la contemporaneidad que nos orilla al concepto de banalidad del mal expuesto por Hannah Arendt.[89] Para ella la expresión del mal banal está en función de pretender racionalizar lo irrazonable, consecuencia de una crisis de pensamiento que permitió la creación de una nueva forma de crimen; crímenes que a pesar de la magnitud de los daños, fueron negados por el propio ejecutor, tal es el caso de Adolf Eichmann

[87] Gesché, Adolphe, Op. cit, p. 93.
[88] Ricoeur, Paul, *El mal: un desafío a la filosofía y a la teología*, Op, cit, p. 60.
[89] Arendt, Hannah; *Eichman en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona: Editorial Lumen, 2003.

(1906-1962) quien fue llevado a juicio el 11 de abril de 1961 para responder por crímenes ejecutados durante la Segunda Guerra Mundial.

A partir de este ejercicio reflexivo surge la inquietud de interrogar si existe o no el límite en la experiencia del mal. Nuestra interrogante nos aproxima al pensamiento de Julio Quesada en donde expone lo siguiente:

> Si el mal es real entonces se puede sumar y, si esto es así, entonces el horizonte ontológico queda abierto para la hipótesis que va madurando en Kant y, este dato histórico-filosófico es fundamental, en pleno siglo del Progreso automático: estamos mal, pero aún podemos estar peor. Dicho con más precisión filosófica: se puede progresar en el mal, de la misma forma que -7 y -13 = -20. Las cantidades negativas no son negaciones de cantidad, ni ausencia de cantidad y, por lo tanto, no-existentes o la nada absoluta. [90]

Respetando esta lógica, la experiencia del mal carecería de un límite claro y el dolor como expresión del mal radical en el mundo, difícilmente lograría colmar el límite de lo sufrible y posiblemente no lo hará. A este punto el filósofo francés Jean Nabert (1881-1960) reconoce la parte medular del dolor como un problema que comparte la característica irracional del mal en su irrupción ya no con el mundo, sino puntualmente con el ser humano.

> El dolor comporta dos caracteres que parecen, a primera vista, antinómicos: por una parte, aumenta desmesuradamente el poder del universo sobre el individuo, le expone a contactos a los que era insensible; por otra parte, repliega al ser sobre sí mismo y hace más difícil su comunicación con otras conciencias. Mientras que el sufrimiento moral, en tanto que no ha vencido aún las resistencias y la fuerza del ser interior, no avanza sin cierta compensación que le ponga en equilibrio con el mal, porque favorece un trabajo profundo por el que el yo se juzga, se condena, se regenera y saca su fuerza de su desesperación, nada parecido se produce con el dolor, porque rompe los resortes del ser y porque no se deja integrar en la historia

[90] Quesada, Julio, *La filosofía y el mal*, Síntesis, Madrid, 2004, p. 142.

> del yo. No solamente hace tocar los límites de la comunicación, sino que constriñe de algún modo a la conciencia a escucharse a sí misma. [91]

"La teoría del castigo corre el peligro de debilitar la lucha contra el mal y el sufrimiento. Lo hemos visto, hace poco, cuando algunos cristianos se negaban a aceptar las técnicas del parto sin dolor: ¿acaso nos podemos sublevar contra una voluntad divina (sobre todo cuando es dolorosa)?" [92]

Jean Nabert muestra que: "Al individuo que sufre estas desgracias en su cuerpo, en su carácter, ¿se le pide que las acepte, no tanto por resignarse a ellas cuanto por considerarlas signo o efecto de una ley de solidaridad espiritual que supera su propio juicio y las normas de la justicia humana?" [93] Podemos reconocer con mayor claridad la responsabilidad afectiva por evitar explorar un sendero inacabable.

Guiados por el escrutinio acerca del problema del mal, es menester asumir que el dolor es la expresión contemporánea del mal en el mundo, no porque una ínfima parte de la corporalidad duela y sea ésta la vocera del mal, sino porque el mal se enuncia cuando el dolor proviene de una fuerza impulsada por la voluntad lábil del ser humano. El dolor que irracionalmente se ejerce sin justificación, es el dolor que enuncia el mal en el mundo. Cabe mencionar que la identificación de una expresión del mal no hace más soportable el problema, apenas es una aproximación a la totalidad del mismo.

Por otra parte, tener un panorama interpretativo acerca del problema del mal representa un ejercicio de conciencia sobre la condición del ser humano ante el mal

[91] Nabert, Jean, *Ensayo sobre el mal*, Caparrós, Madrid, 1997, p. 32.
[92] Gesche, Adolphe, Op. cit, p.65.
[93] Nabert, Jean, Op, cit, p. 31.

en el mundo contemporáneo, al cuestionar la posibilidad de estar expuesto y al reconocer la responsabilidad que tiene sobre él, además podemos identificar la lejanía o cercanía que poseemos con los escenarios brindados por la tradición judeocristiana en su escatología y soteriología. Aprendemos a concientizar que cada vez es más complejo imaginar la recompensa para los bienaventurados y más sencillo identificar el destino para los desafortunados. En cierto modo el mundo escatológico, el mundo en donde reina lo terrible, el dolor y la desgracia es más fácil comprenderlo porque es más humano que el mundo de la bienaventuranza, porque ahí colisionamos con el misterio inescrutable de Dios. Es más complejo imaginar cómo es la vida de los bienaventurados, mientras que aquí en la tierra tenemos la ventaja de ver al ser humano manifestarse, en términos religiosos, como demonio.

CAPÍTULO TERCERO

¿Qué nos queda ante lo inescrutable y lo insoslayable del mal?

Una mirada interpretativa

> El mal es real. No se necesita aportar muchas pruebas muy elaboradas para constatar su existencia. Otra cosa bien distinta es hablar de él; no en vano, se ha convertido en un auténtico reto para todos aquellos que conforman la cultura.
> Por si fuera poco, entre los objetivos que los grandes pensadores se han marcado, no se encuentra en primer lugar el de comprenderlo, menos aún pretender dar sentido al sinsentido.[94]

¿De dónde surge el mal y por qué? Derivado de una interpretación cosmogónica, desde muy temprano aparece la sospecha de que el caos es coetáneo al origen de todas las cosas, incluso previo, puesto que la creación en sentido judeocristiano, aparece como su antagonismo, aparece instaurando el orden, el bien. Sin embargo, éste caos primigenio permanece latente en nuestra contemporaneidad bajo la premisa de la irracionalidad, pero ¿qué parte de lo irracional se acerca al mal? En primera instancia no podemos especular sobre el mal como si tuviese una realidad propia, aunque se le reconozca una anterioridad ontológica respecto al acto libre. Por otra parte, abrimos la pregunta aludiendo a la obra de Jean Nabert, *Ensayo sobre el mal* (1997):

> ¿Cuáles son las normas respecto de las cuales decidiríamos que ciertas situaciones trágicas o ciertas torturas morales no deberían ser? No querríamos decir que todos los males — los que se sitúan comúnmente bajo la idea de mal físico— puedan ser llamados injustificables: muchos de ellos

[94] Ingolf U. Dalferth, *El mal. Un ensayo sobre el modo de pensar lo inconcebible*, trad. Miguel Oliva Rioboó, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2018.

> es difícil no considerarlos como acontecimientos que afectan al hombre de un modo contingente.[95]

Les llamamos injustificables incluso antes de preguntarnos si no serán el resultado o la consecuencia remota de actos libres que hayan desencadenado la decadencia del mundo. Continuando el diálogo con Nabert:

> Puede darse el caso que de un acto enteramente espiritual que la conciencia hace suyo y cuya significación expresa en la palabra, en la acción concreta, en una obra, surja un proceso por el cual en un momento dado, indefectiblemente, la vida del espíritu quede incompleta o pierda su plenitud. No obstante esto no se da sin una especie de debilidad interior de la creatividad originaria.[96]

Por otro lado, la pregunta por la existencia del mal es una pregunta compleja desde el eje hermenéutico, pues el dar una respuesta es dar una posible justificación y el mal en el mundo preferentemente debe ser combatido que definido. Sin embargo ¿cómo combatir al mal si nuestra conciencia es una conciencia falible? Integrando el dialogo entre filosofía y teología, puedo hacerle frente al mal siempre acompañado y protegido de la mano de Dios. Sin embargo ya no busquemos el perdón de Dios, sino el perdón del otro ante el mal cometido. No podemos apelar a un perdón divino si no podemos pedir perdón a niños abandonados y a todo aquel que sufre el mal. No podemos evitar el mal por temor, sino por amor. No podemos pedirle a Dios que acabe con el hambre del mundo si en nosotros no existe una convicción de compartir el alimento.

Todo lo expuesto ¿a dónde nos lleva? En primera instancia hacia la posibilidad de evidenciar el principio de no contradicción al que el mal escapa, ya

[95] Nabert, Jean, Op. cit, p.15.
[96] Ibídem, p.27.

que al movernos en un terreno metafísico escudriñado por el escudriñar hermenéutico determinamos que el mal es, es decir, que existe. Sin embargo tener acceso a la particularidad de su ser, a eso que nos orilla a evitar proporcionarle una definición y que cae dentro de la esfera de la contradicción, fue una tarea inconsistente.

Al identificar una conciencia sufriente que asume la manifestación contundente del mal por medio del dolor, será importante identificar aquella conciencia que elige provocar el mal, que elige someter al otro y mirarlo como objeto trasgredido. Aludiendo al marco del estudio de la culpa brindado por Paul Ricoeur en su obra: *La memoria, la historia, el olvido.* (2004) logramos determinar que:

> El acceso propio de lo injustificable constituye otro tipo de ilimitación distinto de la causalidad insondable abierta detrás de los actos en la intimidad del sujeto: el asesinato, la muerte no sufrida sino infligida al otro, en una palabra, ese mal que el hombre hace al hombre. En efecto, más allá de la voluntad de hacer sufrir, de eliminar, se alza la voluntad de humillar, de entregar al otro al desamparo del abandono, del desprecio de sí. [97]

Continuando el diálogo con Ricoeur vemos que:

> Con la responsabilidad moral nos alejamos un poco de la estructura del proceso y nos acercamos al centro de la culpabilidad, la voluntad mala. Se trata de un conjunto de actos individuales, pequeños o grandes, que contribuyeron, por su aquiescencia tácita o expresa, a la culpabilidad criminal de los políticos y la culpabilidad política de los miembros del cuerpo político. Aquí termina la responsabilidad colectiva de naturaleza política y comienza la responsabilidad personal. [98]

Ante lo anterior, no podemos juzgar a través de la consecuencia y que sea sólo a través de ésta la que lleve a darnos cuenta que el mal existe, es decir,

[97] Ricoeur, Paul, *Memoria historia y olvido*, Op.cit, p. 593.
[98] Ibídem, p. 607.

necesitamos hacer a un lado la pretensión de justificar irracionalmente aquello que incluso la razón misma no ha podido conceptualizar. De acuerdo con García Baró: "querer justificar el dolor del inocente en su cuerpo es el pecado capital de la filosofía y el filósofo. ¡Cuánto más de la teología y el teólogo!" [99]

El dolor, como vía comunicable del mal en el mundo, trasciende a una dimensión filosófica del dolor. La experimentación del dolor es, indiscutiblemente, uno de los asuntos que más inquietan al pensamiento filosófico en su inquebrantable intento de erigir un "sistema de proposiciones capaz de integrar todas las cosas en un orden inteligible".[100] Lo anterior exige la necesidad de favorecer una hermenéutica que esté en función de comprender el paralelismo que existe entre lo indefinible del mal y lo inacabable del dolor, el dolor nos concede un significado concreto que se posiciona a la altura de un problema indefinible. Aludiremos entonces que el mal y la función de la naturaleza misma de su acción, es la comunicación del dolor.

El sufriente es la conciencia que se pregunta qué está pasando, qué está sucediendo y ante ésta realidad surge un mayor número de interrogantes que intentos por brindar justificaciones. No cuestionamos la naturaleza del mal desde el asombro ni desde la desmesura, si el mal trastoca nuestra conciencia, no son preguntas que nacen del asombro, sino ante lo contradictorio. De acuerdo con Susan Neiman: "¿Cómo puede haber crímenes contra la naturaleza, si el mal es parte de la propia naturaleza? No hace falta ser un moralista para encontrar

[99] Miguel García Baró, *Del dolor, la verdad y el bien*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 2006, p. 57.
[100] Porée J. Mal, sufrimiento, dolor. En: Canto-Sperber M. (ed.). Diccionario de Ética y Filosofía Moral, II. México: Fondo de Cultura Económica; 2001.

inaceptable este resultado. Sade estaba indignado por él, y pasó la mayor parte de su tiempo en prisión tratando de imaginar un crimen tan antinatural que la propia naturaleza protestara en su contra.” [101]

El mecanismo de acción más inmediato que permite darle al ser humano una actitud resiliente ante el problema del mal, recae en la apertura escatológica, porque la idea de un final cruel, de un final igual o peor que el presente del sufriente, motivaría un estado de angustia perpetua, de sinsentido y sobre todo, brindaría una posibilidad a la conciencia de asimilar un escenario sin consecuencias, sin ley, sin orden.

La reflexión anterior abre un panorama en el que surge la inquietud de cuestionar la verdadera razón por la cual elegimos el bien en lugar del mal, no está prescrito que las razones por las cuales inclinamos la balanza hacia el bien sean las correctas, pues el temor desempeña un papel determinante en nuestra decisión. ¿Por qué llegar a un tema donde el trasfondo filosófico sea la cuestión del temor? Hay un temor de transgredir al otro, asumir la medida metafísica del temor, implica asumir la posibilidad de que el mal sea la causa misma del temor, el mal podría orillarme a una búsqueda interminable del bien por medio del temor.

La reflexión acerca de la necesidad de una hiper-ética que establezca los lineamientos de obrar por medio del amor y no por el temor, necesita renovar su vigencia. Tomás de Aquino en su obra *Suma de Teología (*1265 y 1274) brinda una breve exposición sobre la incompatibilidad entre el mal y el amor:

> El mal nunca ama sino bajo la razón del bien, esto es en cuanto es bueno bajo algún aspecto y se le aprehende como bueno en absoluto. Y así un

[101] Neiman, Susan, Op, cit, p 343.

> amor es malo es cuanto tiende a lo que no es un verdadero bien absolutamente. Y de este modo el hombre ama la iniquidad, en cuanto por la iniquidad se consigue algún bien, por ejemplo, placer, dinero, o algo semejante. [102]

Bajo la tradición judeocristiana, al ser humano le es necesario asegurar su perdón para conseguir la garantía de una trascendencia. De acuerdo al pensamiento judeocristiano, el mal que se hace presente en nuestra existencia asegura estar presente en la trascendencia para quienes decidieron guiar su voluntad erróneamente. En el mal contemporáneo dice Neiman: "las intenciones de las personas rara vez corresponden a la magnitud del mal que son capaces de causar".[103] Guiado por la lógica hasta aquí mencionada, parece que existe un mayor temor a ser tentado por el mal y perder la promesa para los bienaventurados, que ser un justo sufriente como Job, y es ante esta reflexión donde Paul Ricoeur menciona que: "el miedo a lo impuro, así como los ritos de purificación, está detrás de todos nuestros sentimientos y de todos nuestros comportamientos relativos a la culpa".[104]

El ejercicio de visualizar un comportamiento digno de perdón, tal vez nos acerque a Dios, pero nos aleje del hombre, por ello es imperativo acentuar la idea de hacerle frente al problema del mal a través de la voluntad, de encontrar afinidad con la empatía, pues el que ejerce su voluntad por malicia, ejerce su voluntad más gravemente que el que lo hace por debilidad, porque en el primero hay mayor intencionalidad. Posiblemente Hannah Arent acertó al denominar "banal" al mal,

---

[102] Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, trad. José Martorell Capó, Donato Gonzáles, Ovidio Calle Campo, Madrid: Gredos, 2012, cuestión 27, articulo ll, p. 310.
[103] Neiman, Susan, Op, cit, p. 348.
[104] Ricoeur, Paul, *Finitud y culpabilidad*, Op, cit, p. 189.

pero no por la nula importancia, sino para aprender a nombrarlo de una manera que sea posible hacerle frente. Susan Neiman guarda afinidad ante esta reflexión y menciona: “La declaración de que el mal es banal no se refiere a la magnitud, sino a la proporción: si crimines tan grandes pueden ser consecuencias de causas tan pequeñas, puede haber esperanza de que podamos vencerlas.” [105]

Antes de acusar a alguna potencia divina como causante del mal o de especular sobre su origen demónico, la acción obra, ética y políticamente contra el sufrimiento. Para Paul Ricoeur la realidad del mal no se deja apresar por la teodicea, ni por el símbolo o el mito, ella se manifiesta a través de la voluntad humana, de su insensatez y su labilidad. Desde la mirada del sufriente, la presencia del mal en el mundo aparece como algo desconcertante para la creación, y en el ejercicio de hallar respuestas lo inmediato es cuestionar al creador. Esto no solo conduce a una búsqueda interminable, sino a la renuncia de hacerle frente al mal.

Susan Neiman expone lo irrelevante que es en materia de acción el cuestionar y responsabilizar a una figura divina por la desgracia vivida bajo la experiencia del mal, “¿Cómo es posible que uno combata al Creador a favor de la creación, si no hay un Ser de cuerpo entero que sirva como blanco? Amar a la creación mientras se ataca al Creador por los defectos de la creación se convierte en algo más que quijotesco. Donde el Creador está ausente, ni si quiera es una tarea que pueda estar definida.” [106]

[105] Neiman, Susan, Op. cit, p. 381.
[106] Ibídem, p. 378.

Por otra parte, Hegel ofrece una perspectiva en la que el creador es el sumo bien y todo lo que deriva de él, en tanto posea libertad, está expuesto a ser malo.

> Lo malo es la alienación de Dios, en cuanto lo singular, conforme a su libertad, se separa de lo universal, y en la exclusión del universal mismo anhela ser absolutamente para sí. Al ser la naturaleza del ser finito, libre, el reflejarse en esta singularidad, se tiene que considerar la naturaleza como mala [107]

Nuestro desarrollo impide reforzar la postura hegeliana referente a lo malo, desde el momento en que reconocemos que el mal es. Hemos señalado que el mal no responde a la categoría de ausencia de bien, sino que ejerce su manifestación allí en donde se vive la experiencia del mal, en donde se violenta al otro desde la voluntad pulsada por el mal. Lo relevante de esta postura aparece en el momento en que logramos atisbar que el mal no obedece necesariamente a trastornos, alteraciones, modificaciones del orden natural o a cualquier justificación que nuestro entendimiento pueda desarrollar. El mal, la experiencia del mal aparece allí en donde no encaja lo que *es* con lo que *debería ser.*

Al intentar encausar el rastreo etimológico de un posible concepto del mal, nuestra tarea se ve ofuscada ante la amplitud del mismo y ante la lógica de no poder otorgarle sentido a un sin sentido. El mal se abre camino a través de la labilidad del ser humano y es puesto en acción por medio del dolor infligido al otro. Ricoeur expone un breve esbozo del proceso:

[107] Hegel, G.W.F., Op. cit, p. 125.

> A saber, cuando la conciencia tiende aquí a su objeto, en el caso del mal se encuentra no con algo externo o trascendente descriptible, sino consigo misma, pero enmascarada, con una dimensión inconsciente que la constituye, pero a la que no puede acceder, con una falla en la que se abisma: la de la propia libertad y sus pasiones, la de la falibilidad, para encubrir, en todo caso, que si el mal viene al mundo, aunque no se sepa de donde viene o cuál es su origen, es porque el hombre lo pone en el mundo, porque él lo pone en acción.[108]

El mal es un problema para el ser humano en tanto que es una realidad para él en el mundo. Incluso cuando el dolor propio de la vida comunicara el mundo, podemos asumir que ese dolor es el que comunica el mal. “Sabiendo lo que sabemos sobre la magnitud del mal moderno y la penuria de los recursos teóricos para aproximarse a él, ¿cómo podemos incluso describir la relación que esperamos mantener con el mundo?” [109]

Si el mal no puede ser definido de alguna manera que garantice que podamos reconocerlo, ¿qué objeto tiene emplear ese concepto? Atender el problema del mal implica asumir la participación que desempeñamos dentro del mismo, ya sea como víctima o victimario, no podemos delegar a una divinidad la responsabilidad de justificar la desgracia y la miseria que hay en el mundo, hacerlo implicaría renunciar al asombro que mueve a la filosofía. El mal, al no tener principio ni final, posee un alcance ilimitado, por lo tanto, el daño que puede ejercer está en función del límite que el ser humano quiera atribuirle. De ahí el peligro de otorgarle un sentido que justifique su existencia, pues la carencia de sentido lo mantiene en la posición de ser evitado ¿Qué daño causa el mal que lo vuelve indecible, impensable? De

[108] OñateTeresa, et al. *Con Paul Ricoeur. Espacios de interpelación: Tiempo. Dolor. Justicia. Relatos,* Dykinson, S.L., Madrid, 2016, p. 55.
[109] Neiman, Susan, Op. cit, p.380.

acuerdo con Susan Neiman: “El mal no posee profundidad ni ninguna dimensión demoniaca. Puede crecer excesivamente y ensuciar el mundo entero precisamente porque se extiende como un hongo por la superficie.”[110]

El mal y su manifestación irracional, adopta diversas formas y obedece a causas muy diversas. No es lo mismo el arrebato arbitrario del mal causado por un sismo en México en 1985 que el mal provocado por el narcotráfico y el terror que ejerce debido al uso perverso del poder de la técnica enfocada en la tortura, causando un sinfín de muertes crueles, prematuras y absurdas.

El problema del mal arroja un gran desafío en su comprensión, ya hemos dicho que justificarlo es darle un sentido y el mal es un sin sentido, por otra parte, aproximarnos a una conceptualización, a responder qué es el mal, es hundirse en un terreno de ambigüedades y respuestas escuetas; el mal es, y ante esto hay que enfrentarlo previo a intentar comprenderlo.

El problema del mal nos recuerda que ocupamos una posición en el mundo en donde no siempre podremos unir lo que *es* con lo que *debe ser*. No siempre la razón alcanza a justificar la ruptura que el mal puede provocar. Desarrollando esta reflexión con Susan Neiman: “La demanda de unir el *es* y el *deber ser* no es otra cosas que una demanda de la razón. Aunque no proceda de la experiencia, la tentativa de imaginar la experiencia sin tal demanda no es más sencilla que imaginar una experiencia que no estuviera dividida en causas y efectos.” [111]

Si en cualquier parte del mundo hay crisis ¿a dónde he de ir?

> Dostoievski subraya la idea de que el problema del mal no es solamente un misterio más. Es tan central para nuestras vidas que sin la razón tropieza,

[110] Ibídem, p. 381.
[111] Ibídem, p. 408.

> debe dejar lugar a la fe. Si uno no puede entender por qué los niños son torturados, nada más de lo que uno pueda entender realmente importa. Pero el simple intento de entenderlo requiere por lo menos aceptarlo como una parte del mundo que debe ser investigada.[112]

Continuando con Neiman: “Kant distinguía entre la razón que fija fines en el mundo y la razón instrumental que calcula los medios. Mientras que la segunda puede ser dominada por cualquier criminal, la primera es un asunto de búsqueda, de creación, de lo que es bueno por sí mismo.”[113] Esta idea nos permite reflexionar el papel que desempeña la libertad y el problema del mal podría ser enfrentado ante una libertad encausada a practicar el principio categórico kantiano, o simplemente ante la libertad encaminada a no provocar dolor al otro. Sin embargo, el problema del mal escapa ante la resolución que propone la libertad al darnos cuenta que no siempre lo que *es* coincide con lo que *debe ser*. En palabras de Neiman: “Cuando el mundo no es como debería ser, comenzamos a preguntarnos por qué.” [114] El sufriente es el que se pregunta qué está pasando, qué está sucediendo. “Actuamos bajo el supuesto de que lo verdadero y lo bueno, y sólo posiblemente lo bello, coinciden. Donde no es así, pedimos cuentas.” [115]

Si la pregunta ¿de dónde viene el mal? pierde todo sentido etimológico, la pregunta ¿de dónde viene que hagamos el mal? Será la cuestión medular del problema. Por otra parte, no es suficiente vivir haciéndole frente al mal, debido a que todo esfuerzo por aprehender la realidad desde la razón y conferir dignidad

[112] Ibídem, p. 409.
[113] Ibídem, p. 405.
[114] Ibídem, p. 406.
[115] Ídem.

moral e intelectual a la vida, se vacía de contenido si no es capaz de explicar y encajar en él la innegable presencia del horror.

Nuestra reflexión hasta aquí nos obliga a cuestionar el papel que desempeña la religión dentro de la problemática del mal. “La cuestión de si el problema del mal se deriva de inquietudes religiosas ha proyectado su sombra sobre nuestra exposición.”[116]

> Si conceptos como progreso, y el propio mal, quedan reducidos a sus orígenes religiosos, su empleo será monopolizado por las esferas religiosas –y no por las más escrupulosas, ciertamente-. La clara necesidad humana de reconocer al mal como mal y buscar el progreso como progreso, no puede ser satisfecha por quienes dudan que los conceptos puedan sostenerse por ellos mismos.[117]

El problema del mal no se deriva necesariamente de la religión, la religión desempeña un papel de tentativa para resolver el problema del mal, no deriva de ella, de acuerdo con Susan Neiman, “el problema del mal sobrevive a los ataques contra la religión, la esperanza de encontrar sentido en el mundo es más antigua que Atenas y Jerusalén juntos.” [118] El carácter religioso dentro del problema del mal no solo está en función de la aportación del mito, las creencias en el pecado original persisten porque posiblemente es más fácil experimentar la vida como un castigo que experimentarla como algo sin sentido. Sin embargo, la dificultad de continuar abordando el problema del mal bajo la perspectiva estrictamente judeocristiana es la connotación moral que se ciñe dentro del catolicismo. A propósito de la obra de san Agustín vemos que:

---

[116] Ibídem, p. 397.
[117] Ibídem, p. 399.
[118] Ibídem, p. 402.

> La reflexión acerca del mal y la voluntad pierde su positivo efecto inspirador cuando acaba por concentrarse en la genitalidad y el sexo. Con ello se reduce toda complejidad de la naturaleza humana y de sus motivaciones a la mera tentación de la carne, a la vez que se eliminan de un plumazo todas las riquezas que acompañan la sexualidad humana concebida simplemente como fuente de todo mal. Se inaugura así la vivencia culpabilizada de una dimensión tan esencial al ser humano como el sexo, que tristemente caracterizará a la cultura occidental desde entonces y, más aún, al catolicismo.[119]

Dentro de la esfera judeocristiana, los mitos que hablan acerca del problema del mal, ejercen una importante inclinación a visualizar el mal no sólo como un desafío para la creación, sino como una mofa a lo sagrado. Ricoeur desarrolla una reflexión importante respecto al papel que desempeña lo sagrado para el ser humano al mencionar que:

> En efecto, dado que el mal es la experiencia crítica por excelencia de lo sagrado, es por lo que la amenaza de disolución del vínculo del hombre con lo que para él es sagrado hace sentir, con la mayor intensidad, la dependencia del hombre respecto de las fuerzas de aquello que para él es sagrado.[120]

Desde una perspectiva optimista podemos mencionar que abordar el problema del mal es abordar un problema humano, porque ahí en donde el estudio teológico de occidente termina; luego, comienza el panorama secular que busca responder el problema del mal fuera de toda carga mítica de raíz judeocristiana. Ante esta reflexión, Susan Neiman añadirá lo siguiente:

> Decir que el mal es en general comprensible en ningún caso significa decir que sea transparente. Es más bien negar que fuerzas sobrenaturales, divinas o demoniacas, actúen a su favor. También es decir que son procesos

[119] E. A. Dal Mashino, *El doctor de la gracia contra el mal*, Madrid: Batiscafo, 2015, p. 128.
[120] Ricoeur Paul, Op, cit., *Finitud y Culpabilidad*, p. 171.

> naturales los que lo causan, y que para evitarlo pueden emplearse procesos naturales.[121]

Es importante hacer hincapié en el optimismo que guardan algunos filósofos como Rousseau, quien añadió que el hombre es bueno por naturaleza, es la sociedad quien lo corrompe. Ante dicha lógica, Hannh Arendt guarda afinidad al demostrarnos con su obra *Eichmann en Jerusalén*, que el mal no es una amenaza a la razón misma, sino la irracionalidad, la incongruencia, la falta de usar la razón como deberíamos, son las causas de nuestra miseria. De acuerdo con Ricoeur: "no inauguro el mal; lo continúo; estoy implicado en el mal; el mal tiene un pasado; es su pasado; es su propia tradición." [122] A propósito de esta reflexión, vemos en la obra de Julio Quesada que:

> El mal como narración histórica que debe tener un comienzo en el comienzo del mundo, aparece como inconcebible; la narración simbólica de las Escrituras permite que el mal vaya por delante al comienzo del mundo, pero todavía no en el hombre. Este initium, para decirlo con san Agustín, del mal moral es lo que nuestra razón y nuestra civilización judeocristiana encuentra racionalmente insondable. Simbólicamente el hombre es representado como caído en el mal (seducción) y Kant tendrá que dar marcha atrás respecto de la oposición real, transformando a ésta en algo muy parecido a una oposición lógica. Veremos, sin embargo, que el problema del mal radical había hecho mella en la esencia armónica de la metafísica dogmáticamente feliz. [123]

Las aportaciones brindadas por la filosofía y teología convergen bajo el objetivo de escudriñar el problema del mal. El mal con el cual colisionamos expone de manera cruenta la condición del mundo contemporáneo y el dolor en el mundo representa tan solo una pequeña parte de la complejidad que representa el mal.

[121] Neiman Susan, Op. cit, p. 383.
[122] Ricoeur, Paul, *Conflicto de la interpretaciones*, Op, cit, p. 258.
[123] Quesada, Julio, Op. cit, p. 146.

Bajo el optimismo de Neiman “existen cuestiones que serán expresadas y contestadas de manera diferente en tiempos diferentes.”[124]

Continuando con Ricoeur, a veces ocurre incluso que esa dialéctica de la ruina y de la salvación pone de manifiesto una especie de tregua en lo que lo inexorable parece estar a merced de la elección del hombre “si practicas la justicia, quizá Dios tenga piedad” [125]

[124] Neiman, Susan, Op. cit, p. 399.
[125] Ricoeur, Paul, *Finitud y Culpabilidad*, Op. cit, p. 229.

CONCLUSIONES

El concepto del mal como problema hermenéutico ante la visión filosófica de Paul Ricoeur, nos permite trazar un camino en la búsqueda de distintas aportaciones que la filosofía y el devenir histórico nos hayan heredado acerca del problema del mal. La primera parte de nuestra investigación está diseñada en función de ofrecer apertura histórica para penetrar en aspectos esenciales del problema del mal, tales como su posible etimología, naturaleza, representación, etc.

La parte medular de nuestra investigación expuesta en el segundo capítulo, consiste en colocar al dolor como la posible expresión que posee mayor afinidad para enunciar lo que representa el mal en el mundo. De acuerdo con Ricoeur: "La referencia al mal sugiere la idea de un exceso, de una demasía insoportable." [126] Bajo esta premisa surge nuestra propuesta por implementar la afinidad entre el problema del mal y el dolor. Recuperando otro fragmento de Ricoeur: "Los males son, entonces, desgracias incalificables para quienes lo sufren." [127]

Finalmente ¿Qué nos queda ante el problema del mal? Y ¿Qué puede decirnos la filosofía sobre la cuestión del mal? En primer lugar, posicionar el problema del mal dentro de las esferas de estudio contemporáneo en las ciencias de humanidades. Una botella de plástico contamina en la misma porción en la calle

[126] Ricoeur, Paul, *Memoria, Historia y Olvido*, Op. cit, p. 592.
[127] ídem.

que un cesto de basura, la idea de “si no lo veo, no existe” es una tendencia moderna para enmascarar la crudeza de la realidad.

¿Cómo podemos hacer evidente la diferencia entre el mal, lo que está mal y lo que está bien? Jean Nabert comenta:

> Es cierto que en el centro de nuestros pensamientos sobre el bien y sobre el mal se encuentra la oposición de lo que debe ser y lo que no debe ser, según la libertad y la obligación moral. De ahí proviene que la idea del mal o de lo que no debe ser parezca siempre contener algún carácter que le viene de su relación de oposición al acto moralmente bueno y querido como tal. [128]

El mal en tanto afecte a lo humano no puede quedar bajo la óptica antropocentrista porque evadiría la perspectiva del mito, antes de dañar al hombre el mal ya dañaba la creación y bajo esta lógica estaríamos renunciando al rastreo etimológico del origen del mal desde el seno hermenéutico.

El problema del mal se hace manifiesto, siguiendo a Jean Nabert:

> “Mientras que toda interpretación especulativa del mal, ya sea para agravarlo, o para atenuarlo o vaciarlo de realidad, se refiere a principios constituidos, la experiencia no solamente contemporánea del mal, sino indiscernible de su devenir y de su cualidad, produce y garantiza, a la vez, las razones por las que lo tenemos por tal: por lo que no debe ser y, sin embargo, no deja de ser.” [129]

La pregunta de ¿cómo enfrentar aquello que no puedo nombrar? pertenece al problema del mal. Su inserción en el mundo por medio de la labilidad del hombre abre un horizonte inacabable para su conceptualización, pues el mal que ejecuta el hombre en el mundo es materia sin forma que espera ser expuesta a través del dolor, de la barbarie, de lo terrible, y ese es el peligro del mal en el mundo; no sólo

[128] Nabert, Jean, Op. cit, p 122.
[129] Ibídem, p.128.

que se manifieste o que me tenga en la mira, el “peor” mal aún no se ha conocido, porque el ser humano inaugura una diferente presentación cuando creía haberlo conocido; el peor mal fue enunciado como Auschwitz, pero la queja del justo sufriente, el grito de indignación, el semblante de un cuerpo trasgredido por el otro a través de la tortura que busca la desfiguración del cuerpo, en donde ya no basta despojar la vida sino exponer el cuerpo como un objeto profanado, ya no basta ejercer dolor, no basta mancillar a Dios en la pérdida del temor y el sacrilegio. Lo terrible contemporáneamente es que cada vez tenemos más acercamiento al mal. De acuerdo con las aportaciones de Jean Nabert, esta perversión se nos muestra como el mal absoluto.

No debemos confundir los males que resultan simplemente de una falta, de una carencia; tal es el caso de la enfermedad, y los males que implican una repugnancia real, por ejemplo, el daño infligido intencionalmente al otro hasta producirle la muerte. Dice Nabert:

> ¿Dónde está el mal? ¿A qué motivo antagonista de la ley moral se le podría referir? En vano se le buscaría en las disposiciones originales del hombre, constitutivas de la posibilidad misma de su ser. Porque son disposiciones al bien, aunque la disposición del hombre, en cuanto ser viviente, a la animalidad, no menos que su disposición a la humanidad en cuanto ser vivo y también razonable, puedan dar origen a los vicios. [130]

Por otra parte existe una gran inquietud en torno al progreso, de la mano de Jean Nabert vemos que: “considerado en el fondo de nuestras intenciones, el mal enmienda o limita el optimismo de la filosofía de la historia; nos advierte del

[130] Nabert, Jean, Op. cit, p 148.

contraste entre el progreso que marca el paso del estado de naturaleza al estado de civilización y la malicia persistente del corazón humano."[131]

Paul Gilbert, manifestando una actitud positiva señala que: "Todo ente es bueno en tanto que es, puesto que, siendo en acto, se da en su esencia susceptible de ser asumida en verdad. Dándose, el ente en acto se realiza y accede a la identidad de sí, a la perfección de aquello que él es según su ser." [132]

Finalmente:

> El mal, ¿es sólo real porque afecta a las personas? La realidad del mal es ciertamente humana. Pongamos algunos ejemplos. Una montaña se derrumba y arrastra a miles de inocentes; he aquí un mal natural, pero terrible porque ha tocado personas. Un accidente de coche; una familia entera muere porque la carretera se hizo deslizante sin que se pudiera prever. Un país se hunde en la guerra civil; la violencia de los hombres no es menos brutal y estúpida que la de un mineral, Un hombre falta a su palabra: un mal casi absoluto, sin otros motivos que un acto gratuito que contradice la alianza de las libertades. Todos estos males existen, y demasiado. No se pueden negar." [133]

El mal no es propio de la condición humana, sin embargo la posibilidad del mal está inscrita en la constitución del hombre, esta posibilidad, siguiendo a Ricoeur, es la falibilidad. "La debilidad torna el mal posible en varios sentidos que cabe clasificar en orden creciente de complejidad, desde la ocasión hasta el origen y desde el origen hasta la capacidad." [134] De este modo la falibilidad designa el punto de menor resistencia por donde el mal puede penetrar al ser humano.

---

[131] Ibídem, p. 152.
[132] Gilbert, Paul, Op. cit, p. 359.
[133] Ibídem, p. 361-662.
[134] Ricoeur, Paul, *Finitud y Culpabilidad*, Op.cit, p. 159.

La muerte por otra parte, podría ser un mal, pero ajeno a la voluntad, debido a que es parte del orden natural, el dolor, comúnmente recae bajo el acto de infligir y ahí existe voluntad de por medio. No podemos evitar la muerte que el tiempo suscita sobre nosotros a través de la voluntad, pero si podemos evitar el dolor al otro.

Si el hinduismo asimila el mal como un fenómeno que puede convertirse en bien, entonces denota una naturaleza independiente, pero puedo preguntar ¿el mal es necesario? ¿Es posible imaginar el mundo sin el mal? ¿Cómo sería? O en tanto mundo ¿el mal es un ingrediente del mundo?

Ahora, respecto a la idea del no- ser en el mal, de la limitación, de la privación y la ausencia del bien podemos desarrollar de la mano de Nabert que: “ni la pasividad ni la limitación son el mal, y si se lo concibe como un olvido del ser, más difícilmente se comprende que un ser pueda volverse contra el ser que está en él y del que obtiene toda su sustancia.” [135]

En función de la perspectiva de Jean Nabert acerca del problema del mal podemos argumentar con mayor rigor que el mal posee la característica de ser un sinsentido, pero no por ello carece de validez, de representar un enigma. La connotación de perversión, propia del mal, guarda afinidad con dicha problemática. Al respecto, Nabert comenta:

> Una perversión no tiene rigurosamente sentido más que por oposición a una causalidad cuya característica no es otra que estar intrínseca y fundamentalmente ordenada a lo universal, a lo Uno, al Bien. Como es contradictorio que esta causalidad tenga en sí misma el principio de su decadencia o que tome partido contra sí, es necesario admitir una rivalidad proveniente de otra parte; una seducción ejercida, una dualidad de principios,

[135] Ibídem, p. 84.

> réplica de una dualidad experimentada en el alma; una victoria posible de lo uno contra lo otro. [136]

El mal dentro del ser humano es inherente bajo la lógica de que todos poseemos libertad, en cuanto humano, no poseo la incapacidad de poder hacer el mal, sin embargo vemos a través del pensamiento de Jean Nabert que:

> Una cosa es hacer comenzar el mal por un acto que nos deja ininteligibles a nosotros mismos y otra sorprender en este acto la presencia de una causalidad espiritual que, asumiendo la forma de un yo, se dispone a la libertad, se envuelve en ella y en ella se esconde, cuando todo pasa como si nos hallásemos en presencia de una elección absoluta entre dos contrarios. [137]

La intencionalidad ética que infiere Ricoeur en su pensamiento es: “Tender a la vida buena, con y para el otro, en instituciones justas.”[138] Claramente consiste en una tarea práctica. Por otra parte, el dolor que niega el poder de la vida buena como objetivo de toda ética, el conflicto con el otro, representa un problema a gran escala porque si no conocemos el límite del mal y el dolor, entonces tenemos la tarea y la responsabilidad de combatirlo colocando el límite a través de la historia y heredar la conciencia de que ya hemos transitado lo peor, renunciando al pesimismo acerca de que lo peor esté por venir. Ante un problema como el mal, asumir el logro de una solución contundente que lo explique, justifique y lo resuelva es asumir una derrota. Sin embargo debemos dar crédito a la desnudez del problema, de poder verlo como tal y elegir no hacerlo.

A modo de conclusión, de la mano de Ricoeur podemos determinar que: “Ningún tema como el mal, fuera del amor y de la muerte, suscitó tantas

[136] Nabert, Jean, Op. Cit., p. 77.
[137] Nabert, Jean, Op. Cit., p. 84.
[138] Ricoeur, Paul. *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores; 2011. p. 176.

construcciones simbólicas. Lo que sigue siendo filosóficamente instructivo es el tratamiento narrativo de la cuestión del origen, en la que el pensamiento puramente especulativo se pierde hasta el fracaso.” [139]

Por otra parte, reconocemos que las causas, principios y fundamento del mal en el mundo tienden a diluirse en misterio, sin embargo no representa un misterio la práctica del perdón, del amor y la justicia. De acuerdo con Ricoeur: “El perdón no suprime el sufrimiento, pero abre una tregua que se interpreta como un horizonte despejado por la paciencia divina” [140]

Para determinar un estudio acerca del problema del mal, debemos asumir en primera instancia que ante el mal yo poseo a modo de Ricoeur: el amor, el perdón y la justicia. El amor como remplazo del temor, el perdón como reconciliación excepcional, al margen de la paz común, más allá de lo normativo sin dar paso a la impunidad y la justicia ante la falta imperdonable en cuanto al juicio moral.

[139] Ricoeur, Paul*, Memoria, Historia y Olvido*, Op. cit, p. 593.
[140] Ricoeur, Paul, *Finitud y Culpabilidad*, Op, cit, p. 238.

BIBLIOGRAFIA

* Arendt, Hannah; *Eichman en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona: Editorial Lumen, 2003.

* Aristóteles, *Metafísica*, ed. y trad. de Tomás Calvo Martínez, Madrid: Gredos, 1994.

*Cicerón, *Sobre el dolor*, Madrid: Biblioteca Clásica Gredos, 2011.

*Derrida, *Salvo el Nombre*, Buenos Aires, Amorrotu, 2011.

* Eliade, Mircea, *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona: Punto Omega, 4ta ed. 1981

*E. A. Dal Mashino, *El doctor de la gracia contra el mal*, Madrid: Batiscafo, 2015.

* Freud, Sigmund, *Tres ensayos para una teoría sexual*. o.c. vol. VII. Buenos Aires: Amorrotu, 2015.

*Gesché, Adolphe, *El mal*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2008.

*García, Baró, Miguel, *Del dolor, la verdad y el bien*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2006.

*García, Baró, Miguel: ¿Dónde se esconde el mal?, *Youtube*, subido por UniSanDamaso, 04 de marzo de 2020, www.youtube.com/watch?v=X7n3W0X2eoU.

*Gilbert, Paul, *Metafísica: La paciencia del ser*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2008.

* Grondin, Jean, *Introducción a la hermenéutica filosófica*, Herder, 2002

* Hegel, G.W.F., *Doctrina del derecho, los deberes y la religión para el curso elemental*, 1ª. ed. Buenos Aires: Biblos, 2010.

*Ingolf U, Dalferth, *El mal. Un ensayo sobre el modo de pensar lo inconcebible*, trad. Miguel Oliva Rioboó, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2018.

* Kierkegaard Søren, *Temor y temblor*, Tecnos, Madrid, 2014.

* López, Séanz Carmen, *La dimensión existencial de la semiología de M. Merleau-Ponty*, Universidad de Zaragoza, 1990.

* Marcel, Gabriel, *Aproximaciones al misterio del ser*, Madrid: Ediciones Encuentro, 1987

.

*Muñiz Rodriguez, Vicente, *Introducción a la Filosofía del lenguaje*, Barcelona: Anthropos, 1993.

*Nabert, Jean, *Ensayo sobre el mal*, Madrid: Caparrós, 1997.

*Navarro Zamora, Andrés, *El problema del mal. Un desafío para la persona humana*, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, 2011.

* Nemo, Philippe, *Job y el exceso del mal*, Madrid: Caparrós, 1995.

*Neiman, Susan, *El mal en el pensamiento moderno*, México: FCE, 2012.

* Oñate Teresa, et al. *Con Paul Ricoeur. Espacios de interpelación: Tiempo. Dolor. Justicia. Relatos*, Dykinson, S.L., Madrid, 2016.

*Porée, J. Mal, sufrimiento, dolor. En: Canto-Sperber M. (ed.). Diccionario de Ética y Filosofía Moral, II. México: Fondo de Cultura Económica; 2001.

*Quesada, Julio, *La filosofía y el mal*, Madrid: Síntesis, 2004.

*Ricoeur, Paul, *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología*, Buenos Aires, Amorrortu, 2007.

*Ricoeur, Paul, *Conflicto de las interpretaciones*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

* Ricoeur, Paul, *Finitud y Culpabilidad*, Madrid: Trotta, 2011.

*Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires, FCE, 2004.

*Ricoeur P. *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores; 2011.

*San Agustín, *Confesiones*, Madrid: Gredos, 2010.

*San Agustín, *la naturaleza del bien contra maniqueos*, xxx, 10.

*San Agustín, Réplica a Juliano, trad. De Luis Arias Álvarez, Fundación el libro total, www.ellibrototal.com

*Serrano de Haro, Agustín. «Introducción a la fenomenología del dolor: la experiencia del dolor físico desde el punto de vista filosófico». Revista d'Humanitats, 2019, núm. 3

*Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, trad. José Martorell Capó, Donato Gonzáles, Ovidio Calle Campo, Madrid: Gredos, 2012.

*Xirau, Ramón, *Introducción a la Historia de la Filosofía*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.